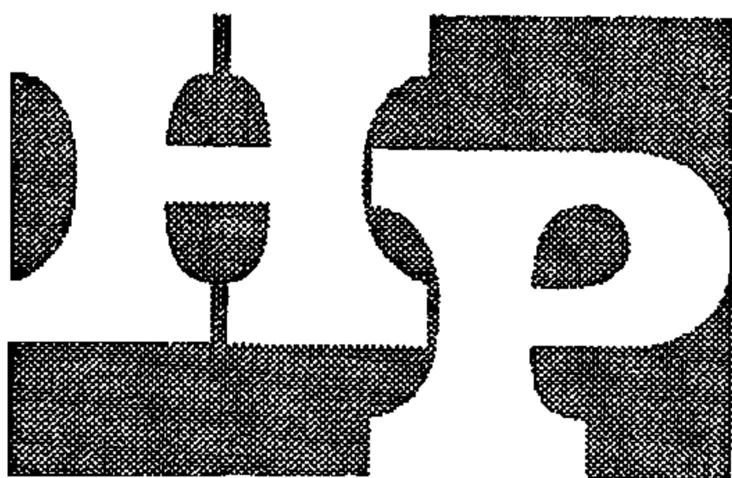


Silver Kane

UN DOLAR PARA EL ASESINO

ENRIC





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

UN DOLAR PARA EL ASESINO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 201
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Déposito Legal B 35991-1973

Impreso en España - Printd in Spain

2.º edicción: noviembre, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

Clark Loman

Hay un viejo adagio que dice que un hombre solamente es malo cuando ha perdido la esperanza. Ese adagio puede ser cierto o no, pero en Clark Loman se estaba cumpliendo.

Cuando entró en la cárcel tenía veintidós años y mirada de niño. Tan dulce era esa mirada y tan candorosa su expresión que el jurado, pese a las evidentes pruebas reunidas, y de las cuales se deducía que Clark había asesinado a su propio padre, no le envió a la horca, que era la gran medicina con que los territorios del Oeste curaban todos sus males hacia 1870. Se limitó a condenarle a reclusión perpetua. Y Clark llevaba ya cuatro años cumpliendo la condena en una prisión de Nevada.

Al principio se cansó de decir que era inocente. El hecho de que le hubiesen hallado en las manos el revólver con que se cometió el asesinato no era, según él, una prueba condenatoria. Naturalmente, los guardianes se rieron de él y acabaron tomándole por loco. Un año después de su ingreso, Clark ya no decía a nadie que era inocente. Se limitaba a callar y dejar pasar el tiempo, con la absurda idea de que alguna vez saldría de allí.

Pero los años son el lenguaje más convincente que existe para un hombre que está recluido. Cuando pasó la tercera Navidad en su celda, Clark empezó a pensar que no existía esperanza para él. Y ahora se aproximaba la cuarta Navidad y él se daba cuenta de que no era más que un ser dañino y olvidado, a quien dejarían pudrir allí hasta el día de su muerte. Esto cambió sus pensamientos, su carácter, e hizo de él un ser completamente distinto.

Su carácter se volvió más taciturno que antes, más agrio. No cambiaba una sola palabra con nadie. Empezó a alegrarse, al parecer, cada vez que un guardián moría o caía gravemente enfermo. Todo él iba sufriendo una transformación que acabaría por convertirle en un hombre cruel y despiadado, en un verdadero peligro para la sociedad, si alguna vez llegaba a salir de entre aquellas rejas.

Poco antes de Navidad, el director le llamó a su despacho.

—He sabido que usted organizó ayer un plante en el comedor, Loman —dijo, después de hacerle sentar—, plante que no tuvo con secuencias porque ninguno de sus compañeros secundó, afortunadamente para ellos, su rebelde actitud. En este último año sólo nos ha causado problemas. Y quiero decirle que es usted el bicho más dañino y repugnante que hoy tenemos en la prisión, Loman.

—Gracias. ¿Me ha llamado nada más para decirme eso?

—Le he llamado para advertirle. Sé que ya no puede ser aumentada su condena y que por eso le tiene sin cuidado cualquier expediente. Pero no es lo mismo pasarse los años en una celda más o menos confortable que en una de castigo. Y usted lleva camino de reventar en una de ellas, Loman.

Hizo una pausa para inspirar fuertemente.

—De momento le impondré quince días de corrección. Si vuelve a insistir en sus actitudes de rebeldía le recluiré en una celda de castigo indefinidamente. Ya está enterado. ¡Póngase en pie!

Clark obedeció.

—¡Media vuelta!

Clark hizo rígidamente lo que se le ordenaba, obrando como un autómata.

—¡Marchen!

El director de la prisión era un antiguo coronel nordista y eso se notaba en muchísimos detalles. Pero Clark Loman ya no prestaba atención a ellos. Marcando aún el paso, se dirigió a su celda, recogió su escudilla y su cuchara y salió, poniéndose a disposición de uno de los guardianes. De todos modos, sabía ya sobradamente cuál era el camino que conducía a las celdas de castigo.

Éstas tenían dos metros cuadrados de superficie por dos de altura. Uno no podía moverse en ellas. No había la menor

ventilación y, además, la humedad goteaba por las paredes. Una legión de alimañas hambrientas invadía aquellos maltrechos recintos.

Clark, con un gesto fatalista, se sentó en el suelo y esperó. Siempre esperaba no sabía qué, pero era lo único que podía hacer. Casi sin variar de postura dejó transcurrir quince días.

Cuando salió estaba blanco y delgado como un muerto, pero con la mirada brillante como la de un demonio. Un infinito desprecio, un odio que involuntariamente hacía temblar, se traslucía en sus pupilas.

—Tienes suerte, granuja —comentó el guardián, pellizcándole un hombro—. Mientras estabas ahí, «ablandándote», te ha correspondido el premio de Navidad.

El «premio de Navidad» consistía en un sorteo que se celebraba cada año en la misma fecha y en el que podía resultar favorecido cualquier recluso. Todos los haberes que durante trescientos sesenta y cinco días habían sido retirados a los presos por mala conducta, se reunían en una bolsa cuyo importe era el que se sorteaba. Los favorecidos tenía suficiente para comer en la cantina por lo menos tres meses del año.

En vista de que Clark no movía un solo músculo, el guardián añadió:

—Este año son cien dólares.

No se trataba de ninguna fortuna, desde luego, pero cualquier recluso hubiese dado un brinco al oír mencionar tal cantidad. Clark ni se alteró siquiera.

—Repártanlo entre los otros —dijo solamente.

—Sabes que está prohibido. El director no quiere fiestecitas en la cárcel.

—Bien, pues en tal caso…

Clark quedó pensativo entonces, y al llegar a su celda y durante todo el día siguiente. Cuando el director le hizo entrega del importe del premio, había tomado ya una resolución. Manifestó:

—Tengo decidido ya en qué emplearé esos cien dólares.

—Le advierto, Loman, que si es en licores lo prohíben los reglamentos.

—No se trata de nada de eso. Quiero depositarlos en manos de un abogado para que obtenga pruebas de mi inocencia y logre la

revisión del proceso.

El director rió silenciosamente. Su risa hizo daño a Clark, que tuvo que cerrar los ojos.

—¿Pretende convencerme con ese gesto de que es usted inocente, Loman?

—¡No pretendo convencerle de nada! Pero tengo perfecto derecho a hacer lo que pido. Busque usted un abogado joven, con ganas de trabajar, y entréguele esos cien dólares.

El director se acarició suavemente las solapas de su levita gris.

—Está bien, lo haré. Reconozco que tiene derecho a ello. ¡Y si además todo esto sirve para que me lo quite de delante, lo daré por bien empleado, Loman!

Sin embargo, la conducta del recluso cambió desde entonces. Ya no volvió a organizar plantes ni a insolentarse con los guardianes. Parecía tan absorto en sus propios pensamientos que no prestaba atención a nada más. Diez días más tarde le anunciaron una visita.

—Es tu flamante abogado —advirtió el guardián—. ¡Puaf! ¡Qué crío!

Si, era un crió, por decirlo así. Tendría unos veintidós años. Pero ardía en deseos de trabajar y de hacerse un nombre. Era, además, honrado. Clark Loman lo comprendió así ya en la primera entrevista. El abogado le dijo que se ocuparía activamente del asunto, le pidió una serie de detalles y se despidió de él. Dos días más tarde volvió con toda la documentación del proceso, que había leído ya, para que le aclarase algunos puntos oscuros. Y a continuación, durante un mes, no volvió a saber de él.

Pero el joven estaba trabajando. Volvió al cabo de ese tiempo tan sólo para decirle que había encontrado una buena pista y que creía francamente en la posibilidad de obtener una revisión del proceso.

Transcurrió otro mes. Y una noche, cuando la lluvia azotaba furiosamente los muros de la prisión, un guardián abrió la puerta de la celda.

—Tengo que darte una mala noticia, Loman. Tu abogado ha muerto.

El preso se levantó de la litera como movido por un resorte.

—¿Qué dice? ¡No puede ser!

—Le han encontrado muerto en las inmediaciones de Carson

City. Al parecer, un accidente. Una caída de su caballo, ¿sabes? Mala suerte.

Clark quedó anonadado. No podía creer que aquello fuese cierto, que de improviso pudieran quedar destruidas tan radicalmente todas sus esperanzas.

Pero había que rendirse a la evidencia. La comunicación era oficial. De modo que Clark Loman tuvo que dar por perdidos sus cien dólares, su tiempo y todas sus ilusiones.

Una vez por semana ejecutaba la misión más rara que puede ser encomendada a un preso: Daba clases de tiro con revólver a los guardianes. Desde que una vez hicieron entre los presos un concurso y él se proclamó campeón con gran ventaja, el director comenzó a pensar que aquel hombre taciturno y rebelde podía serle útil de algún modo. No estaba satisfecho de la forma cómo sus guardianes tiraban, y por eso decidió que Loman debía enseñarles. Claro que con las debidas garantías, pues durante los ejercicios tenía detrás a dos guardianes armados con rifles, además de estar rodeado de hombre con revólver al cinto. El mismo *sheriff* de Carson venía a veces a verle tirar y le miraba con respeto después de comprobar que todas las dianas habían sido alcanzadas en el centro.

Pues bien, tras la muerte de su abogado, Loman comenzó a pensar si no sería mejor abrirse paso a tiros aunque fuera contra aquella legión de alguaciles. Un día estuvo a punto de intentarlo. Y sólo se detuvo al darse cuenta de que sólo conseguiría matar a unos cuantos de ellos, sin llegar ni siquiera a la puerta.

Cuando más hundido estaba en la desesperación, otro guardián, al anochecer, abrió la puerta de la celda.

—Loman, te espera un abogado.

—¿Un qué?

—Un abogado. ¿Es que no me has oído bien?

Clark no acertaba a creerle. ¿Quién diablos iba a interesarse ahora por él? Pero, como no tenía más remedio que obedecer, siguió al guardián a lo largo de los pasillos.

El abogado estaba en la sala de visitas, al otro lado de la mesa dividida por una pequeña valla.

Contempló a Loman mientras se acercaba con ojos de buen catalogador de hombres. Loman era muy joven —tan sólo veintiséis años—, alto, ancho de pecho y espaldas, dueño de una hermosa

cabellera rubia y de unas facciones nobles y armoniosas. Resultaba difícil creer que pudiera ser un asesino.

Y Clark Loman también miró al abogado. Éste era la mujer más hermosa, atractiva e interesante que viera en su vida.

—Siéntese —dijo ella, sonriendo encantadoramente—. Y no se sorprenda de que haya venido a verle. Me envía Jim Costello.

Clark parpadeó.

—¿Quién es Jim Costello?

Jim Costello

Estaba cómodamente sentado tras la mesa de su despacho. Era algo grueso, pero denotaba una fuerza hercúlea. Era, además, muy alto. Sus ojos despedían un reflejo gris y no mostraban expresión alguna. Aun mirándolos fijamente, era imposible saber lo que su mirada traslucía. Eran como una barrera protectora tras la que ocultábase la verdadera alma de su dueño.

Costello fumaba un cigarro de los que le traían de las islas del Caribe. No todo el mundo en Carson City, pese al clima de prosperidad reinante, podía fumar cigarros habanos.

Aquella noche tenía visita. Nada menos que el *sheriff* de Carson City.

—He visto a su abogado hace poco —indicó al representante de la ley—. Parece mentira que una mujer tan hermosa pueda entender de cuestiones legales y de todos esos problemas tan fastidiosos.

—Iba a la cárcel —dijo Costello, sin hacer más comentarios— a hablar con un cliente. Pero siéntese, *sheriff*.

El aludido tomó asiento. Lo hizo tímidamente. Resultaba casi grotesco, pensó Costello, que un hombre tan viejo como aquél fuese *sheriff* nada menos que de la capital de Nevada. Así iban las cosas en la ciudad. Pero ahora, para el viejo Loman, había llegado la hora del relevo.

—¿Le ha visto alguien llegar hasta aquí? —preguntó Costello.

—No, nadie. He hecho lo que usted me dijo. Es decir, dar la vuelta a la ciudad y fingir que iba hacia otro lado. Pero la verdad es que no comprendo el porqué de tantas precauciones…

—No se trata de precauciones, al menos en lo que a mí respecta. Lo hago en su propio beneficio. Si alguien supiera que ha estado hablando conmigo, podría perder su buen crédito.

El *sheriff* hundió un poco la cabeza entre los hombros. La estrella colgaba de su pecho sin brillo alguno, como una flor marchita. Y ahora daba tan sólo la triste impresión de un viejo derrotado; es más, parecía como si hubiera sido un viejo derrotado desde el día en que nació.

—Carson City es una ciudad demasiado dura para usted —dijo Costello ofreciéndole abierta una caja de habanos—. Mucha gente nueva, mucha podredumbre… En fin, ahora ha llegado el momento de descansar. ¿Trae los documentos?

Lotimer alzó la cabeza.

—Quiero que sepa bien, antes, por qué hago todo esto, Costello.

—No necesito explicaciones.

—Sin embargo, voy a dárselas. O mejor dicho, me las voy a dar a mí mismo, porque soy yo el que necesito una justificación para mis actos. Aquí, en esta cartera, llevo los documentos que podrían convertirle a usted en un presidiario, Jim Costello: fraude, falsificación de firma, usurpación de minas, ocultación de ingresos para no abonar los impuestos… En fin, mucha canela. Ya sabe que un *sheriff* tiene que hacer de todo en estos tiempos, y yo, casi sin querer, he ido reuniendo datos contra usted, en número suficiente para ponerle en un aprieto. Pero ahora ha llegado la hora del relevo.

Costello le miraba fijamente, con sus ojos impenetrables, mientras lanzaba volutas de humo al aire. Al fin dijo solamente:

—Si.

—Soy ya demasiado viejo para seguir en el cargo —admitió tristemente Lotimer— y me va a sustituir Maxwell, que tiene sólo veinticinco años y todo lo demás que a mí me falta. Dijimos en nuestra conversación preliminar, Costello, que si yo entregaba todos estos documentos a mi sucesor, usted tendría dificultades.

—Si —repitió sencillamente el otro.

—Yo no voy a entregarlos —dijo tristemente Lotimer—. Comprendo que es una cobardía, pero tal vez a un viejo pueda disculpársele una cosa así. Cuando yo muera, y será pronto, mi sobrina Judith quedará desamparada. Sabe usted que tengo dos hijos, pero…, ¡hum!, más vale no mencionarlos. Si usted hubiese ido a la cárcel por causa mía, saldría con deseos de vengarse, y bien sé que no iba a encontrar entonces víctima más propicia que la

pobre Judith. Ella pagaría por mí y por todos. Sé muy bien de lo que es usted capaz cuando decide vengarse, Costello. Y por eso, antes de arreglar mis cuentas con Dios, he decidido arreglar mis cuentas con los hombres. Renuncio a destruirle, Costello, aunque podría hacerlo. Al fin y al cabo no conseguiría más que apartar temporalmente de la sociedad a una alimaña, dejando así el camino libre para que su lugar lo ocuparan otras aún peores. De modo que le entregaré estos documentos a cambio de su promesa de no molestar para nada en lo sucesivo a mi sobrina Judith. Sepa bien lo que pretendo: Ni usted ni sus hombres le causarán jamás ningún mal, aunque yo muera. Es más, cuento también con su promesa de defenderla si alguien tratara de hacerle daño.

—Sí —dijo Costello también, entrechocando los dientes.

Y añadió luego, expulsando una larga y lenta columna de humo:

—Por lo visto, me ha tomado usted por una sociedad de socorros mutuos.

—Llame a eso como quiera. Yo le ayudo y usted me ayuda. Es decir, ayuda al único ser que realmente me queda en el mundo. Creo que el trato nos conviene a los dos.

—Nos conviene. De acuerdo, Lotimer. —Costello se puso en pie —. Déme usted esos papeles y cuente con mi solemne promesa de no inmiscuirme para nada en sus asuntos venideros.

Lotimer entregó a Costello una sencilla cartera de hule. Éste la abrió y examinó los documentos que contenía. Sus ojos brillaron por primera vez y adquirieron expresión al darse cuenta de la importancia de su contenido. Hechos que podían llevarle a la cárcel para muchos años estaban atestiguados allí de una forma indubitable. Por supuesto, de caer aquello en manos del joven y belicoso Maxwell, que al día siguiente tomaría posesión de su cargo de *sheriff* de la ciudad, él lo pasaría muy mal aun contando con toda su enorme influencia. Se puso nervioso y sus puños se cerraron violentamente sobre los papeles, estrujándolos. Rechinaron sus dientes mientras arrojaba todos los documentos, a puñados, en las llamas del fuego que ardía en el hogar. Lotimer contemplaba la escena con ojos humedecidos, pensando que acababa de ensuciar para siempre su estrella. Pero era tal el amor que profesaba a Judith, que no quería pensar en nada más.

—Prométame ahora de nuevo cumplir lo que le he pedido,

Costello —requirió con voz vacilante.

El aludido se volvió hacia él.

—Se fía mucho de mí, Lotimer…

—No tengo otro remedio. Y sé además que usted es lo bastante listo para no causar daños inútiles. Si cuando yo muera no tiene nada contra Judith, la dejará en paz. Eso es lo que pienso.

Costello, con una deliberada lentitud, dejó caer su cigarro haba no al suelo.

—He quemado las pruebas que usted tenía contra mí, Lotimer —dijo, recalcando las sílabas—, pero queda algo que aún puede ponerme en un aprieto. Y ese algo es… ¡usted mismo, Lotimer! ¡Sus labios, que aún pueden hablar para acusarme!

Extrajo rápidamente, de una pequeña funda axilar, un revólver de plata y apuntó con él al corazón de Lotimer.

—Usted sabe cosas que deben ser olvidadas…

—¡No he traído armas, Costello! ¡No puede disparar contra mí! ¡Eso sería un asesinato!

—Ha dado con la palabra exacta, *sheriff*. Y le diré más: pensaba ya cometerlo al preguntarle si alguien le había visto dirigirse aquí. Ahora no tengo más problema que hacer desaparecer su cadáver, y eso es de fácil solución. De modo, Lotimer, que podemos ahorrar nos palabras inútiles.

El viejo retrocedió dos pasos, horrorizado, sin acertar a comprender aún que aquello pudiera ser cierto.

—¡Costello, yo no le he ofendido! ¡Al contrario, le he prestado una gran ayuda! ¡Compréndalo! No puede hacerse responsable de… de…

—De lo que no puedo hacerme responsable es de dejar testigos tras mi paso. Y usted es uno de ellos, y mucho más importante de lo que creía, Lotimer. La visión de esos documentos que yo suponía destruidos me ha puesto nervioso por primera vez en mi vida. Acabar ahora con usted es una simple y lógica formalidad, es lo que llamaríamos un acto administrativo.

El viejo, temblando, trató de ganar la puerta que tenía a su espalda.

—¡No puede hacer eso, Costello! Además, mi sobrina está…

Costello levantó un poco más el revólver. En aquel momento se abrió la puerta y un rostro de mujer, un hermosísimo rostro que el

terror había desencajado, se mostró a sus ojos. Sí, Judith estaba allí, en la antesala. Y debía haberlo oído todo.

—¡Noooo…!

Costello no prestó atención al grito de la joven. Apuntó fríamente a la cabeza de Lotimer e hizo fuego. El *sheriff* cayó llevándose ambas manos a la frente, donde se había abierto una espantosa grieta. Costello, para asegurarse mejor, avanzó un paso y disparó rápidamente dos balas más, en puntos tan vitales como el diafragma y el hígado. Hecho esto levantó el revólver, y, con las facciones crispadas, disparó hacia la cabeza de la joven, que aún se recortaba a un lado de la puerta. Pero Judith, en un movimiento de instintivo horror, había cerrado en aquel instante. Y la bala de pequeño calibre se estrelló contra la madera. Lanzando un rugido, Costello salió afuera, hacia la antesala. En ésta uno de sus pistoleros miraba embobado cómo la muchacha huía por la puerta exterior. Un nuevo disparo salió alto, debido a la increíble agilidad de movimientos de Judith. Costello rugió:

—¡Idiota! ¡Sabías que no tenía que oírnos nadie!

—¡Pero si la muchacha estaba tan quieta y parecía tan inocente…! —Tembló el pistolero—. ¡Quién iba a pensar que…!

—¡Es un testigo! ¡El testigo más peligroso con que puedo tropezarme en mi vida! ¡Vamos, hay que acabar con ella!

La casa de Costello era en realidad una villa al antiguo estilo colonial y estaba rodeada de un parque, muy extenso, por la parte posterior. Más allá había una estrecha faja rocosa y un despeñadero que caía sobre el río. El camino por el que se llegaba a la casa se encontraba en la parte anterior de ésta. Y por tanto hacia allí se lanzaron los dos hombres, dispuestos a cortar en seco la posible huida de Judith.

Dos caballos, sin duda el del *sheriff* y el de la muchacha, estaban detenidos en mitad del camino. Por tanto, Judith no había tratado de apoderarse de ellos ni de huir en aquella dirección.

—Está escondida en el parque —dijo Costello con una torcida sonrisa—. La muy estúpida no ha pensado que eso era como quedarse en la ratonera.

Al sonido de los disparos habían acudido varios hombres más. Pronto fueron cuatro los pistoleros que Jim Costello tuvo a sus órdenes.

—Rodead el parque —ordenó con voz claramente audible aun para la oculta Judith—. Hay una mujer que trata de esconderse entre la vegetación. En cuanto la veáis…, ¡acribilladla!

Judith lo oyó. Y comprendió que estaba perdida. No se había atrevido al principio a correr hacia los caballos, pensando que no tendría tiempo ni de montar siquiera. Pero ahora estaba metida en la boca del lobo y sin posibilidad de salir. Vio cómo los hombres se desplegaban y empezaban a avanzar en distintas direcciones, pero todas convergentes en ella.

Trató de dominar su miedo, pero no pudo. Al fin y al cabo sólo tenía diecinueve años y no había vivido jamás situaciones como aquélla. Se movió.

—¡Allí está! —gritó Jim Costello.

Dos hombres dispararon a la vez. El plomo caliente arañó los troncos de los árboles, segó las hojas como una guadaña. Y sobre su silbido trágico se oyó un grito de mujer.

—¡La hemos herido! ¡Ahí está!

Corrieron todos en la misma dirección, pero tan atropelladamente que se estorbaron unos a otros, tardando más de un minuto en llegar hasta allí. Vieron entre las hojas una mancha de sangre y un reguero que se dirigía hacia la zona rocosa.

—¡Seguidla!

Corrieron todos de nuevo, con las armas a punto. El reguero de sangre se adentraba en la zona rocosa, más allá del parque. Debía ser endiablada la agilidad de una muchacha que, aun herida, era capaz de moverse tan aprisa. Los dientes de Jim Costello rechinaban de rabia. Pero al llegar al límite del despeñadero vieron que el reguero sangriento terminaba allí. Al fondo, bajo sus pies, no había más que yardas y yardas de afiladas rocas, con el tumultuoso río como final.

—Se ha despeñado —opinó Costello mientras guardaba su revólver—. Su propio terror la ha hecho caer. Asunto concluido.

Y pronunció esta frase como si fuese la que hubiera de esculpirse en la tumba de Judith Lauren, la sobrina del viejo *sheriff*.

CAPÍTULO II

—Jim Costello es un auténtico caballero —dijo la mujer.

Clark Loman la miró con más detención desde el otro lado de la mesa. Era morena, alta y de formas muy acusadas. Vestía elegantemente y con detalles que acreditaban un gusto exquisito. Quizá Clark, en todos los días de su vida, no había visto una mujer así. Y ello le producía una sensación de inseguridad y hasta de malestar, como si temiera vivir un sueño.

—Dice que Jim Costello es un caballero. ¿Cómo me conoce, pues, si yo no he tratado más que con granujas durante toda mi vida?

La mujer sonrió. Y fue entonces, al ver de cerca su sonrisa, cuando Clark empezó a perder la noción de lo que ocurría.

—Jim Costello le conoce por mediación de su antiguo abogado. Ese pobre muchacho que murió en accidente. Y se ha interesado vivamente en el asunto, hasta el extremo de enviarme a mí para que le hable.

—Nunca me había sentado frente a una mujer tan hermosa —dijo Clark sinceramente y sin rodeos, porque le gustaba la verdad—. Aunque no consiguieran mi libertad, Costello me habría hecho un favor con sólo permitirme verla.

Ella sonrió, inclinando un poco la cabeza hacia él.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí, Loman?

—Cuatro años. Y a veces me pregunto: ¿Existe aún Carson City? ¿Cómo es la gente que vive en ella? No puede imaginarse lo que es haber perdido el contacto con todo. Con todo…, menos con uno mismo. Y ese uno mismo llega a ser lo que más se odia en el mundo.

—Carson City está más floreciente que nunca. El dinero corre

con profusión y abundan las mujeres hermosas. También abunda el plomo, ésa es la verdad. De no ser por ciudadanos ejemplares como Jim Costello, Carson City se habría convertido, hace tiempo ya, en un infierno.

Clark se pasó la lengua por los labios. La sola sensación de que la libertad era posible le hacía sentir dolorosas punzadas en el cráneo y producía en sus manos un inevitable temblor.

—Dígame qué he de hacer —pidió.

—Sólo firmar una solicitud en que pide la revisión de su proceso basándose en las pruebas que para ello aporta. Para ganar tiempo la traigo ya redactada.

Extrajo una hoja de papel escrita de una cartera de lujosa piel que llevaba bajo el brazo. Pero Clark extendió las manos sobre la mesa.

—¿Pruebas? ¿De qué pruebas me está hablando?

—Su antiguo abogado había logrado reunirlas —dijo la mujer con un poco de cansancio, como si no acabase de comprender las vacilaciones del preso—, pero, como sabe, murió en accidente. Los documentos fueron a parar a manos de Jim Costello, quien ha juzgado intolerable que siga cometiéndose con usted esa injusticia. Es ya seguro —añadió, cambiando de actitud e inclinándose un poco más sobre la mesa— que su padre fue asesinado por un hombre llamado Suack, un vulgar salteador, quien murió hace seis meses. Antes de expirar confesó la verdad a dos de sus compañeros, quienes están dispuestos a declarar ahora. Aparte de ello también hay una prueba escrita, una carta en la que Suack confiesa haber matado a un hombre para robarle. Hay serios indicios que ese hombre fuera el padre de usted. Y, convenientemente manejada por mí, puedo asegurarle que constituirá una prueba decisiva.

Clark se echó atrás, un poco bruscamente. Las ideas tardaban en penetrar en su cerebro. Y éste seguía punzándole, punzándole como una maldición.

—El favor que ese Jim Costello me haría es de los que no pueden pagarse —comentó lentamente—. ¿Qué exige, a cambio, de mí?

—Nada.

—¿Nada?

—Es posible que le ofrezca trabajo como guardaespaldas o algo

parecido. Entienda bien mis palabras. Costello no es un tahúr ni un vulgar negociante de los que se ven envueltos en peleas. Pero en Carson City todo hombre importante necesita protección. Y tal vez quiera asegurarse la compañía de un hombre fiel y agradecido como usted, un hombre que nunca le traicionará pensando en lo que ha hecho por él.

—Si consigue mi libertad, haré lo que Jim Costello me mande —dijo Clark, sordamente—. Todo lo que me mande.

La mujer tendió el documento sobre la mesa y acercó a Clark el pequeño tintero que había en el centro de ésta. El guardián se acercó para ver qué era lo que pretendían. Y una vez Clark hubo firmado se alejó lentamente, dirigiendo de vez en cuando inquietantes y vidriosas miradas al cuerpo de la mujer.

—Es usted más joven de lo que yo creía, Loman —declaró ella, plegando el documento y volviendo a guardarlo en la cartera—. Y a pesar de haber estado tanto tiempo en la cárcel, aún resulta interesante para cualquier mujer. —Sonrió otra vez, levantándose—. Inclúyame a mí en el censo mundial de mujeres. Adiós, señor Loman.

Dio media vuelta y se alejó lentamente, haciendo resaltar a cada movimiento la esplendidez de su figura. Clark Loman se dio cuenta de que ya no temblaban sus manos. Pero sus ojos estaban fijos, obsesionadamente fijos en la espalda de la mujer. Y también los del guardián. Si en aquel momento hubiese intentado huir, éste ni se habría dado cuenta.

* * *

Treinta días después se produjo, en vista pública, la revisión del proceso.

Durante ese tiempo, Clark no había vuelto a ver a la abogada de Costello ni recibido la menor noticia de ella. La comunicación de que al día siguiente tendría que presentarse ante un nuevo jurado le cogió de sorpresa. El director le previno que si intentaba algo durante el traslado le costaría la vida. En realidad se notaba que ardía en deseos de matar a Clark.

Las cuatro semanas transcurridas aún habían hecho ganar más belleza a la extraordinaria abogada de Costello, que estaba arrebatadora como nunca. Su intervención en el proceso se limitó a

presentar las pruebas y a solicitar la libre absolución de su defendido. El jurado, ante las tajantes afirmaciones de los testigos presentados, revocó la anterior sentencia y declaró a Clark Loman libre de toda culpa.

Fue durante el juicio cuando el joven vio a Jim Costello por primera vez. Éste iba vestido impecablemente y llevaba anillos y perlas por todas partes. Chupaba lentamente, mientras miraba el techo de la sala, un largo cigarro sin encender.

—Procesado Clark Loman, queda usted en libertad —sentenció el juez, poniéndose en pie—. Pero como debe realizarse la formalidad administrativa de comunicarlo así al director de la prisión en que ha estado cumpliendo condena, regresará usted a ella durante veinticuatro horas, plazo en que las autoridades de la misma deberán firmar el «enterado» y dejarle en libertad.

Antes de salir de la sala, Clark miró a su abogado. Pero ella parecía distraída o premeditadamente no quería fijar su atención en el hombre. En cambio, Costello le saludó con un movimiento de su gigantesco habano. Clark respondió con una inclinación de cabeza y salió de la sala.

* * *

A la mañana siguiente, Costello citó en su despacho a su abogado y al mejor de sus pistoleros.

—Clark Loman saldrá hoy al anochecer —anunció tras hacerles sentar al otro lado de su mesa—, y, como es natural, saldrá sin dinero, sin revólveres, sin fuerzas…

Miró al pistolero y manifestó:

—Me interesa que muera, Harvey.

—¿Morir? Bueno, querrá decir que hay que clavarle una bala entre las cejas. ¿Y para eso se ha molestado en sacarle de la cárcel?

—En la cárcel no podía matarle —susurró Costello, expidiendo dos columnas de humo por nariz y boca.

La mujer intervino entonces:

—No me agrada del todo lo que pretendes, Jim. Ese muchacho…

—¿Te ha sido simpático, tal vez?

—No —dijo la mujer haciendo marcha atrás, con expresión un poco temerosa—. Sabes que soy insensible a cualquier clase de atracción por parte de los hombres. Pero es que me da la impresión

de que éste sólo se preocupará de recuperar el tiempo perdido, de divertirse y…

—¿Divertirse, Ingrid? —sonrió burlonamente Costello—. ¿Contigo, tal vez?

Ingrid, irritada, fue a levantarse de su asiento. Pero Costello, extendiendo la mano, la sujetó brutalmente por una muñeca y la obligó a sentarse otra vez.

—No me gusta que las conversaciones queden a medio terminar. De modo que permanece sentada y cierra el pico mientras no te pregunte.

Ingrid calló. No parecía ahora una mujer esplendorosa y segura de sí misma, sino más bien una pobre muchacha irritada y a la que obligan a someterse. Cerró los ojos y apretó los labios, al fin, quedando quieta en el sillón.

—No quiero dejar enemigos a mi espalda —declaró Costello.

—Pero ¿por qué, jefe? Ese hombre no es un enemigo… —Silbó Harvey, sin comprender aún.

—No tengo que dar explicaciones a nadie. Quiero que muera, y basta.

—A mí no podrás engañarme, Jim —dijo Ingrid, en voz baja—. Sé lo suficiente de tus comienzos para suponer que hace cuatro años no viste inconveniente para matar al padre de Loman, a fin de robarle tan sólo dos mil dólares. Lo arreglaste todo para que pudieran acusar al muchacho, que estaba en la habitación contigua. Pero, como es lógico, algunas pruebas quedaron detrás tuyo. Cuando encerraron a Loman pensaste que no valía la pena preocuparse porque no saldría de la cárcel en su vida, y él era el único interesado que aún quedaba en averiguar la verdad. —La mujer hablaba lentamente, saboreando la turbación de Jim Costello —. Pero he aquí que de repente, al cabo de cuatro años, él tiene unos dólares para encargar del asunto a un abogado listo. He aquí que éste averigua cosas que te comprometen, y a este objeto le eliminas mediante lo que parece un accidente, destruyendo luego esas pruebas. Pero por si Loman sabía ya algo e insistía en las pesquisas por mediación de otra persona, decides que lo mejor es quitarle de en medio para siempre. Una vez muerto él, nadie volverá a acordarse de este asunto que podría estropear toda tu carrera. No, no me interrumpas ahora, Jim —atajó, al ver que el

hombre iba a levantarse ciego de furor—. Soy, al fin, tu abogado y es lógico que lo sepa todo. Pensaste que, mientras Loman estuviera entre rejas, nada podías hacer para matarlo. Por eso buscaste unas pruebas falsas y me hiciste abrir un nuevo proceso que ha culminado con su libertad. Y yo pregunto: ¿Qué necesidad tienes de matarle? ¿Crees que él desconfiará de ti, el único hombre que le ha prestado ayuda?

Costello estaba destrozando el habano entre sus dientes. Sus ojos se hablan vuelto de color rojo.

—Llega un momento en que los hombres saben demasiado —dijo sordamente. A continuación miró significativamente a Ingrid—. Y las mujeres también. Por eso no quiero dejar suelto a un hombre que puede tener interés en remover las cosas en torno a la muerte de su padre. Con Clark Loman habré eliminado a mi último enemigo y podré dedicarme sin otras preocupaciones a la conquista de Carson City, la más rica capital del Oeste. —Sonrió, recobrando el dominio de sus nervios—. El episodio de Clark Loman os habrá servido para convenceros de que yo jamás perdono. Compadezco vuestros pellejos si algún día pensáis en revelar a alguien lo que ahora sabéis de mí. Os costaría la vida, pero no de cualquier manera. Sufriríais antes de que os enviara la última bala.

Señaló a Harvey con el dedo y añadió:

—Repito que Loman saldrá hoy al anochecer. Conviene que estés emplazado cerca de la cárcel y le sigas. No hay duda de que entrará en algún *saloon*, cualquier hombre lo haría después de cuatro años de no oír música ni probar el licor. Allí le provocas con cualquier motivo. Por ejemplo, que crees, a pesar de todo, que él mató a su padre. Como no llevará armas, le descerrajas un tiro sobre seguro, apenas te insulte. Luego Ingrid se encargará del resto. Y cobrarás cien dólares por el trabajo.

—De acuerdo, jefe. Esto es como un regalito. Disparar sobre un tipo indefenso y… cobrar.

Se levantó, saliendo de la pieza. Ingrid y Jim Costello quedaron solos.

—Voy a tener que tomar una decisión contigo, Ingrid —insinuó él, poniéndose en pie—. Me estás resultando un cómplice demasiado peligroso.

—¿Y qué decisión tomarás? —preguntó la mujer, echando la

cabeza hacia atrás. Sus ojos radiantes y tentadores recorrieron las facciones del hombre—. ¿Vas a matarme?

—No —contestó—. Tendré que casarme contigo.

E inclinándose sobre el sillón donde la mujer estaba sentada, la besó fuertemente en la boca.

* * *

Clark Loman tuvo que cerrar los ojos cuando ante él se abrieron las puertas de la cárcel.

—Tú volverás, Loman —dijo el guardián de la puerta exterior—. Tienes ojos de perro.

Era la hora del crepúsculo. El camino que conducía a la ciudad estaba cubierto de sombras.

—Quizá —respondió en voz baja—. Pero recuerda que los perros, si saben ser listos, viven mejor que los hombres.

Salió al camino. Las luces de Carson City brillaban en la lejanía. No le esperaba nadie, en contra de lo que había creído. Pues pensó que Ingrid o Jim Costello estarían junto a la puerta, para darle instrucciones apenas saliese.

Oculto tras unos matorrales, Harvey le vio salir, y acarició los dos revólveres cargados que llevaba al cinto. En este momento no le hubiera sido nada difícil acabar con Loman, pero la detonación se hubiese oído desde la cárcel. Sin saber bien por qué, tenía ganas de acabar aquel asunto, aun reconociendo que el plan de Costello, simulando una riña casual, era el más perfecto para eludir responsabilidades.

Poco a poco fue siguiendo a Loman sin que éste se diese cuenta. El joven iba de modo inequívoco hacia la calle principal de la ciudad, donde estaban la mayor parte de los garitos. Y le pareció evidente que acabaría entrando en uno de ellos.

Para Loman todo era mágico y diferente aquel anochecer. Las luces, las músicas lejanas que llegaban de cien sitios distintos, el rumor de la multitud… Parecía como si él acabase de nacer en aquel momento descubriendo maravillado aquella ciudad alegre y tentadora, la más peligrosa de todo el Oeste. Y, como era natural y Harvey esperaba, entró en un *saloon* a recordar qué sabor tenía el licor después de cuatro años de no probarlo.

El local se encontraba atestado en aquel momento. La barra

estaba sitiada por los bebedores y las mesas ocupadas totalmente. Clark se dio cuenta de que era reconocido, porque algunos rostros se volvieron curiosamente hacia él. Pero simuló ignorarlo.

Encontró un sitio y dijo al camarero, apenas se le acercó:

—Tengo cinco dólares, y dos de ellos pienso gastármelos aquí. ¿Qué puede servirme por ese precio?

—¡Hum! Cuatro copas de *brandy*, y no del mejor.

—Tengo el paladar atrofiado, de modo que lo encontraré bueno. Sírvamelas.

Bebió la primera de un trago y le abrasó la garganta. Tuvo que esperar un rato a beber la segunda.

En aquel momento entró Harvey.

Llevaba los revólveres muy bajos y con los cañones hacia fuera. Caminaba balanceándose y moviendo las manos de una forma previsora y sabía, teniéndolas siempre en contacto con las culatas. Pero no era necesario aquel modo de caminar para que allí supiesen todos que era un pistolero. Todos le conocían. Y al entrar fue como si su trágica fama entrase con él, produciendo una corriente de aire frío en la sala.

Se acercó lentamente hacia el final de la barra, mirando con gesto de aburrimiento las espaldas de los bebedores. Éstos se mantenían quietos, silenciosos como avestruces, cuando pasaba él. Al fin se detuvo detrás de Loman.

—Tú, hazme sitio —gruñó.

Loman se volvió ligeramente y le miró de arriba abajo, sin pestañear.

—No puedo estrecharme más. Colóquese donde quiera.

—Es que éste es el sitio que más me gusta. Estoy abonado a él, muñeco.

A Clark Loman ya no le hacían mella los insultos. De modo que, sin prestar más atención al pistolero, se volvió de espaldas y siguió bebiendo. En la sala se había formado un silencio tan inquietante que se oía hasta el leve zumbido de las lámparas de petróleo. Todos contenían incluso la respiración y todos parecían absortos en la contemplación del fondo de sus vasos, aun cuando siguiesen con atención la escena por los cristales que habla colocados enfrente de la barra.

—¡He dicho que te apartes de ahí! —rugió Harvey, perdida la

paciencia—. ¡Y obedéceme, porque de lo contrario no concederé un minuto de vida al hombre que asesinó a su padre!

La frase pareció producir un pinchazo en los nervios de Loman. Al principio tuvo como un sobresalto y luego quedó quieto. Muy quieto. Pero todos vieron mediante el cristal la expresión fría e implacable de sus ojos.

—Hablaba usted de mi padre —dijo sin volverse—. ¿Le conoció?

—¿Conocerle? —preguntó Harvey, no sabiendo bien adónde iría a parar aquello—. No.

—Pues puede que le conozca ahora. Puede que se encuentren en el otro mundo.

Harvey pensó que éste era el momento indicado para disparar, ateniéndose a las instrucciones de Costello. Pero para sí mismo creía que la agresión aún no estaba bien justificada. Dejaría que el hombre le insultase de una forma tajante y luego fingiría perder los nervios…

—Dudo que los zorros como tu padre tengan un sitio, bueno o malo, en el otro mundo —dijo de la forma más venenosa que le fue posible lograr.

Clark Loman se volvió. Sus ojos tenían un reflejo acerado, siniestro, que hizo estremecer incluso a un hombre sin nervios como Harvey.

—Lamento no llevar armas, amigo…

—Harvey… —declaró éste, acariciando el revólver derecho.

—Si es por falta de armas no se preocupe, compadre. —Uno de los bebedores lanzó su «Colt» por los aires, en dirección a Loman—. Recójalo y defiéndase si sabe.

Clark recogió fácilmente el arma lanzada al vuelo, poniendo el dedo en el gatillo aun antes de sujetarla bien, con la habilidad de un consumado *gun-man*. Harvey, que no esperaba aquello, perdió los nervios de verdad y tiró de las culatas de sus revólveres. Pero cuando se dio cuenta estaba ya en el suelo, disparando grotescamente hacia el techo. Loman le había tumbado de un puntapié al plexo solar, antes de que lograse apretar los gatillos, y ahora le estaba amenazando con el «Colt».

—Juego limpio, señor Harvey.

El pistolero, pálido de rabia, se puso en pie. Enfundó los revólveres sabiendo que así su enemigo no se atrevería a disparar.

—¿Es lo bastante estúpido para querer retarme?

—Soy lo bastante estúpido para querer seguir viviendo. Y, por supuesto, sé que no lo lograré si no lo aparto antes de mi camino. ¿Tiene alguien un cinto?

El mismo que le había prestado el revólver se acercó, llevando en la mano su cinturón canana.

—¡Hum! No nos faltan diversiones en Carson City. Tome esto, amigo.

Sin perder la vista a su contrario, Loman se ajustó el cinto de un seco y experto movimiento, abrochándose la hebilla. Sólo el modo como inclinó la cintura para que el cinto la envolviese bien le acreditaba ya de pistolero. Harvey tuvo un momento de vacilación y se sobrepuso. Había matado a muchos hombres como aquél y en circunstancias más difíciles. Todo consistía en no perder la serenidad.

—Veo que nunca ha oído hablar de Harvey. Llevo tan sólo dos años en la ciudad y ya he matado a ocho hombres…, todos en defensa propia, naturalmente. De modo que, si usted se empeña, será el número nueve. ¿Se dan todos cuenta de que busca el desafío?

Se oyó un gruñido monocorde. Nadie se daba cuenta de nada, excepto de que allí iba a morir uno de los dos. Y con expresión embrutecida, los bebedores formaron dos hileras trágicas a ambos lados de los contendientes, dando ya de antemano su conformidad a todo cuanto sucediera.

—En tal caso ya atestiguarán luego lo que convenga —agregó Harvey—. ¡Saca!

Dio un salto hacia un lado mientras extraía sus revólveres. El movimiento de sus manos fue tan relampagueante que apenas advirtió nadie cómo las armas pasaban desde las fundas a sus dedos. Hizo fuego rabiosamente, chillando según era su costumbre. Y sus balas mordieron madera de la barra. Mordieron madera una, dos, tres veces. Sus tres andanadas pasaron ineficazmente junto a Loman, quien, al parecer sin apresurarse, había puesto rodilla en tierra. Harvey apretaba el gatillo con tal rapidez que durante sus tres primeros disparos no pudo rectificar el tiro. Su propia velocidad

le perdió esta vez, al elegir como blanco una posición fija de su enemigo sin pensar que éste podía moverse si era lo bastante hábil para hacerlo. Cuando quiso rectificar ya era tarde. Clark Loman hizo un solo disparo y le atravesó el corazón. Harvey, el pistolero, murió instantáneamente, con una extraña sensación de vacío en el pecho.

Su caída fue acompañada por un sordo murmullo de estupor. Realmente, nadie había creído que el ex preso pudiera salir vencedor de la pelea. Harvey era tenido prácticamente por invencible, por uno de los mejores y más crueles gatillos de Carson City.

—Llévenselo —dijo Clark, cuyos ojos no denotaban la menor piedad—. Si sigo viéndolo dispararé otra vez contra él.

No habló más. Y todos observaron que no había humanidad, que no había el menor sentimiento en aquellos ojos. Eran simplemente los de un pistolero que por fin anda suelto y que busca su revancha.

—Tira usted mejor de lo que creíamos, Loman. Se llama Loman, ¿no?

Un individuo grueso, bien vestido, de mirada insolente, se acercó a él y le tendió la mano.

—Encantado de conocerle, amigo. Soy Bill Haynes. ¿Quiere trabajar para mí?

—Este tipo no trabajará para nadie.

Todos se volvieron al oír aquella voz. Era la de Maxwell, el joven *sheriff*, quien había acudido desde su cercana oficina al oír el ruido de los disparos. Desaparecido misteriosamente Lotimer, Maxwell sólo pensaba en aplicar despiadadamente la ley. Joven, fuerte, ágil y excelente tirador, no le faltaban medios para lograrlo. Se acercó a Loman, que seguía bebiendo calmosamente y preguntó:

—¿Se reconoce usted como autor de la muerte de este hombre?

Loman se volvió y miró negligentemente la estrella que colgaba en el pecho de su antagonista.

—Es nuevecita, ¿eh?

—No pude recuperar la de Lotimer, pero eso no le importa. Le he preguntado si se reconoce como autor de la muerte de este hombre.

—Sí.

—¿Y es usted el ex presidiario Clark Loman?

—Sí.

La indiferencia y rotundidad de aquellas dos afirmaciones parecieron desorientar momentáneamente al *sheriff*.

—¿Es que quiere volver a presidio para toda su vida?

—Puedo asegurarle, papanatas, que no me importaría.

Maxwell miró a su antagonista con una ardiente expresión de odio. Era tan alto como él, igualmente joven, y fuerte como un león. No le hubiese importado acabar a puñetazos con Loman allí mismo, aunque él tuviera que dejarse también los huesos en la pelea. No le daban miedo la puntería ni la corpulencia de aquel hombre. Pero lo que si le desorientaba era la expresión de sus ojos, el terrible vacío que se leía en ellos, como si detrás no hubiese conciencia, ni sentimientos, ni nada. Ni siquiera recuerdos. Nada.

—Dese preso, Loman.

—*Sheriff*, ha sido en defensa propia —atestiguó el dueño del *saloon*—. Yo prestaré declaración en este sentido si es preciso.

—Harvey lo provocó —aseveró otro—. Y Loman incluso esperó a que su enemigo disparase primero.

—¡No puede detenerle!

El rumor crecía y las frases defendiendo a Loman eran más ardorosas cada vez. Maxwell, mordiéndose los labios, tuvo que renunciar a su propósito.

—Es usted ahora un hombre libre, Loman, pero necesita hacer buen uso de la libertad. De lo contrario, le mataré, ¡lo juro!

Loman sonrió débilmente, mientras depositaba tres dólares sobre la barra.

—¡Juramentos de *sheriff*! ¡Puaf! ¡No me cause aburrimiento, amigo!

Dio la espalda al representante de la ley y salió por la puerta empujando con el pecho los batientes, sin devolver siquiera el revólver prestado. Maxwell le vio marchar con ojos donde se leían a la vez la lástima y el desprecio.

—Ése —dijo con voz sorda— no será más que un pistolero.

CAPÍTULO III

Aquella misma noche, Jim Costello recibió dos noticias que en principio se negó a creer.

Primero entró Bed, su lugarteniente.

—¡Jefe, ese tipo ha matado a Harvey!

Luego entró Ingrid, su abogado.

—Jim, aquella pajarita, la nieta del *sheriff* Lotimer, vive. Está a unas cien millas de aquí.

Como de costumbre, Costello fumaba un habano. Y estuvo a punto de tragárselo.

—¡Eso es imposible!

—Lo vi yo, jefe —habló primero Bed—. Casi no puedo creerlo, pero fue así; Harvey provocó a ese tipo sin poder evitar que le dieran un revólver, se desafiaron y Harvey tiró mal, como si el otro le tuviera hipnotizado. Luego ese Loman le destrozó el corazón con una bala.

Aunque Bed no conocía los verdaderos motivos de que Harvey hubiera provocado a Loman, la muerte de aquél en desafío era un hecho tan inexplicable y tan grave que había acudido a comunicarlo inmediatamente a su jefe.

—Nos hemos quedado sin nuestro mejor pistolero —gruñó Costello—. No era muy listo, pero tiraba como los diablos. Tú, Bed, tendrás que reclutarme otro.

—Sí, jefe. ¿Por qué no Loman mismo?

—¡Cállate!

Bed calló, consternado. Luego el jefe se volvió hacia Ingrid, que aquella noche vestía de negro y estaba más arrebatadora que nunca.

—¿Dices que vive Judith?

—Sí, con sus primos; es decir, los hijos de Lotimer.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me lo acaba de decir un jinete del *Pony Express*. Fue a llevar una carta para los hermanos Lotimer y vio a Judith con ellos.

—¿No pudo confundirse?

—No. Me ha dicho, incluso, que estaba herida. Concuerda todo.

Costello apoyó los codos sobre la mesa y miró fijamente ante sí. Ni la belleza de Ingrid parecía impresionarle mientras en su cerebro daba vueltas y vueltas a esos dos importantes sucesos: la muerte de Harvey y la supervivencia de Judith. Eso significaba que tenía en pie a un enemigo como Clark Loman, pistolero de la peor especie, y a un testigo tan peligroso como Judith, que había presenciado cómo asesinaban al *sheriff* Lotimer. Hasta que los dos hubiesen muerto no podría estar tranquilo.

—Hay que acabar con Loman —indicó a Bed—. Es preciso demostrar a todo Carson City que el que desafía a uno de los pistoleros de Costello no vive veinticuatro horas.

—De acuerdo, jefe. Me encargaré yo de él…, junto con otros dos hombres.

—En cuanto a Judith… —comenzó a decir Costello. Se interrumpió al ver abrirse violentamente la puerta del despacho. Uno de sus hombres, pálido como un cirio, apareció bajo el dintel.

—Jefe, está aquí el *sheriff* Maxwell…

Costello se echó hacia atrás violentamente, sobre el respaldo del asiento. Si Maxwell estaba allí no sería precisamente para presentarle sus respetos. Por un instante incluso le sobrevino el pensamiento de que podía haber hablado con Judith y conocer por tanto lo sucedido a Lotimer, su antecesor en el cargo.

—Hazle pasar —ordenó—. Hazle pasar en seguida.

Sacó su caja de habanos para ofrecerlos a Maxwell apenas entrase. Ordenó también a Bed, secamente:

—¡Tú, lárgate y deja el asiento, para el *sheriff*! ¡Pero no te alejes mucho!

Bed salió como una ardilla cuando el *sheriff* entraba. Maxwell le miró fijamente al cruzarse con él, y en sus ojos hubo un brillo de desprecio.

—Siéntese, *sheriff* —ofreció Costello, poniéndose en pie—. ¡Qué agradable coincidencia! Ahora estaba hablando con Ingrid de hacer a usted una visita para ofrecerle mi colaboración.

Maxwell no aceptó el asiento. Se plantó en el centro de la pieza, con las piernas entreabiertas y actitud desafiante.

—Usted sólo presta su colaboración a las compañías de pompas fúnebres de la ciudad, Costello. Y no crea que he venido aquí en plan amistoso, sino en misión oficial para someterle a interrogatorio.

Los ojos de Costello brillaron glacialmente.

—Ésta no es la forma normal de interrogar a nadie, Maxwell.

—Lo sé, pero debe agradecerme la atención que he tenido al venir aquí. Para usted, personalidad demasiado relevante en Carson City, hubiese resultado vejatorio tal vez pasar por mi oficina. A eso se debe el que haya venido yo.

Costello le envolvió en una mirada gris, inexpresiva, que Ingrid conocía bien. Aquella mirada significaba que Maxwell estaba haciendo méritos para una bala en el corazón.

—Hable —dijo secamente al *sheriff*.

—Quiero saber qué es lo que ha ocurrido con Lotimer, mi antecesor en el cargo.

Hubo un imperceptible movimiento nervioso en los hombros de Costello. Aunque aquella pregunta era peligrosa y le afectaba muy directamente, no por eso dejó de sentirse aliviado al oírla. Significaba que Maxwell no sabía aún una palabra de la verdad.

—¿Y me lo pregunta a mí? —suspiró, fingiendo inocencia…. ¿Por qué no pregunta al presidente de la Junta de Vecinos?

—Tengo entendido que Lotimer pensaba visitarle a usted la misma tarde en que desapareció.

—En efecto, había acordado visitarme. Teníamos que tratar un par de asuntos sin importancia. Pero no vino.

—Es extraño. Lotimer era un hombre muy puntual y cumplidor. ¿Qué puede decirme de su sobrina Judith?

—Mire, Maxwell, es usted quien interroga. Pero si eso mismo me lo preguntase cualquier vecino de Carson City, diría que a Judith la ha raptado usted.

Se crisparon las manos de Maxwell. Por un momento pareció como si fuese a saltar sobre Costello, pero al fin se mordió los labios y se contuvo.

—Sabe usted perfectamente que yo aspiraba a la mano de Judith. Sabe también que ella, en cierto modo, me correspondía

alentándome con su simpatía y cordialidad. Yo supongo que…, yo supongo que con el tiempo hubiésemos llegado a casarnos. Pero de eso a imaginar que puedo haberla raptado, que puedo haberle puesto la mano encima, media un abismo, ¿me entiende? ¡Y no consentiré que vuelva a hacer insinuaciones de esta índole!

Costello, satisfecho al ver perder los nervios de su adversario, hizo con las manos otro amplio ademán de inocencia.

—No he hecho más que responder indirectamente a su pregunta, Maxwell. Con ello he querido decirle que hay otras personas que podían tener un marcado interés en hacer desaparecer a Judith. Una muchacha como ella, tan endiabladamente hermosa, puede ser objeto de toda clase de codicias en una ciudad como Carson City. Yo sólo tengo treinta años, Maxwell, y estoy en edad de apreciar la belleza, pero comprenderá que mi posición me permite no tener que recurrir a raptos cuando quiero…, ¡ejem!, interesar a una mujer. Más valdrá que dirija sus investigaciones en otro sentido; me permito sugerirle que no obtendrá ningún resultado por aquí.

Maxwell apoyó los pulgares en su cinturón canana.

—No soy tan estúpido como para atribuirle propósitos deshonestos con relación a Judith, Costello. No es en eso donde usted peca, y me consta que peca mucho. He querido decir que, últimamente, Judith siempre acompañaba a su tío, el viejo *sheriff*, y que la desaparición de ambos tiene que estar forzosamente relacionada. Por ahí va mi pregunta, Costello. Y usted tiene que contestarla.

—¡Le contestaré, Maxwell! —dijo Costello elevando su voz—. ¡Y empezaré por decirle que estoy harto de sus sospechas! No he negado que Lotimer pensaba venir a verme, pero un día es muy largo y Lotimer pensaría seguramente ir a quince sitios más. De modo que investigue por otro lado y déjeme en paz. ¡Sus palabras han rebasado ya la misión oficial para convertirse en ofensivas, Maxwell! ¡Y puedo asegurarle que si no llevara usted esa estrella en el pecho, le haría arrojar a puntapiés de la casa!

El *sheriff* no pudo adivinar que todo aquello era comedia para fingir inocencia. Para él, aquellas palabras fueron la airada réplica de un hombre honrado a quien acusan injustamente. Y por un momento se arrugó. Pero en seguida volvió a la carga.

—¡Perfectamente, Costello! ¡Si plantea las cosas en un terreno

agresivo, puedo asegurarle que soy mucho más violento que usted y su corte de pistoleros! No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que Lotimer está muerto y que, en cambio, su sobrina vive. Removeré cielo y tierra hasta dar con ella y entonces… ¡ay de usted si lo que ella declara le perjudica!

Dio media vuelta y salió, pegando un portazo. Por un momento, dentro de la habitación todo fue silencio. Las volutas del humo del habano flotaban lentamente en el aire, más lentamente que nunca. Y de repente Costello dio un puñetazo en la mesa.

—¡Ese estúpido! ¡Le voy a…!

—Cálmate, Jim —la voz de Ingrid era serena y tranquila—. Date cuenta de que Maxwell no es más que un joven impulsivo. Acaba de estrenar la estrella y tiene la sensación de que va a cambiar Carson City en una semana. Si tú obras serenamente, como siempre, ese jovenzuelo no será peligroso para fi. Pero si pierdes los nervios y te colocas a su mismo nivel, te vencerá. ¡De modo que ten cuidado con lo que hagas a partir de ahora!

Como siempre, las palabras de Ingrid estaban cargadas de sensatez. Parecía mentira que una mujer tan hermosa pudiera al mismo tiempo ser tan inteligente. Y, como siempre también, Costello se plegó a lo que ella decía.

—Obraré con astucia —dijo—, pero de todas formas el problema es grave y exige medidas radicales. Si Judith está tan sólo a cien millas de aquí, Maxwell dará con ella. Y con un testigo presencial de la muerte de Lotimer, no habrá jurado que no me envíe diez veces a la horca. De modo que hay que acabar con ella. Y además —la alarma le asaltó de repente— si ese jinete del *Pony Express* te ha dicho a ti haberla visto, lo habrá dicho también a otras personas, ¿no es cierto?

—No creo. Llegaba reventado, como llegan todos los correos. Yo estaba en el vestíbulo del hotel cuando él entraba medio tambaleándose. Pero aun así, al verme, se le reanimaron los ojos. «Sólo hay dos mujeres en Nevada que valgan la pena —me dijo al oído, al pasar junto a mí—. Judith Lauren y tú, preciosa». «¿Judith?», pregunté yo, fingiendo inocencia y deteniéndome frente a él. «Sí, está en casa de sus primos, esos salvajes hijos de Lotimer. He pasado por su rancho para entregarles una carta y la he visto. Sin duda está allí reponiéndose, porque llevaba vendado un brazo».

Yo no pregunté más, temiendo despertar recelos. Entonces él subió a una habitación y aún debe estar durmiendo. No creo que haya comentado el hecho con nadie más, porque para él era una cosa sin importancia.

—Pero hay que evitar que despierte —gruñó Costello con una expresión cruel en los ojos—. ¡Bed! —llamó—. ¡Bed!

Su lugarteniente, que estaba en la antesala, entró corriendo.

—Hay trabajo. Reúne a cuatro hombres y promételes paga doble si cumplen bien mis instrucciones. Tráemelos aquí dentro de diez minutos.

—De acuerdo, jefe.

Mientras Bed salía rápidamente, Costello miró de nuevo a Ingrid.

—Hace un mes que Lotimer murió —dijo—. Sin duda Maxwell ha estado haciendo averiguaciones por ahí y no ha venido a verme hasta asegurarse de que podía hacerlo con motivo. Pero ¿y Judith? Supongamos que no fuera directamente a ver a sus primos, los hijos de Lotimer. Supongamos que quedara oculta entre las rocas del abismo y nosotros no nos diéramos cuenta. Luego marcharía en busca de los últimos familiares que le quedan, los hermanos Lotimer. Antes tuvo que curarse, y a lo mejor hizo el viaje a pie. Nueve o diez días, teniendo en cuenta que iba herida. Pero hace ya casi un mes que está con ellos e incluso se levanta. ¿Por qué los Lotimer no me han acusado ya de la muerte de su padre, empleándola a ella como testigo? Eso es lo que no entiendo.

—Por una sencilla razón —resumió Ingrid—. Quieren sacar provecho de la situación planteada. Los Lotimer son fanfarrones y crueles, pero en realidad cobardes como alimañas. No se hablaban con su padre y no creo hayan sentido mucho su muerte. ¿Para qué quieren enviarte a la horca si, estando tú vivo, pueden hacerte chantaje y sacarte cuanto quieran…? Judith es para ellos la gallina de los huevos de oro. Y no están esperando más que una ocasión para entrevistarse contigo y decirte que o pagas o…

—¡Basta! —Gruñó Costello—. Comprendo cuál es la situación y le haré frente con todas sus consecuencias. Pero ¿por qué diablos habré tenido yo que tropezar con esos tipos?

—Un granuja siempre acaba tropezando con granujas —dijo, fríamente, Ingrid. Pero en su mirada no había desprecio.

—Celebro que tengas esa opinión de mí. Así no te asustarás por lo que voy a ordenar a continuación. ¡Hola! Ahí están ya Bed y los pistoleros. Vienen antes de lo que pensaba.

Cinco hombres armados, Bed entre ellos, entraron en el despacho. En sus rostros podía leerse toda la degradación, toda la miseria moral a que una ciudad tan fabulosamente rica como Carson City había llevado a los que quisieron conquistarla en un día con la sola razón de su revólver. Hombres que habían trabajado en las minas y que acabaron asesinando a sus patronos, jugadores de ventaja a quienes la ciudad no había sentado bien, perseguidos por la justicia en los estados vecinos…, todos ésos habían engrosado la banda de Jim Costello, el hombre más poderoso de entre los que formaban el hampa de Carson City. Una banda en la que se pagaba bien y puntualmente todos los meses y donde el trabajo era poco, pero fino. Lo más selecto de aquella siniestra tropa estaba ahora en el despacho del jefe.

—Esta misma noche hay que acabar con dos hombres —anunció Costello—. Y con tres, si se presenta la ocasión.

—Hable —dijo Bed, para quien la palabra «muerte» no tenía la menor importancia.

—Primero tenéis que acabar con ese Clark Loman. No quiero que la muerte de Harvey quede sin venganza. Nada de finuras, ¿comprendido? Los cinco a la vez y tirando a la cabeza. Luego tenéis que acabar con un jinete del *Pony Express*. ¿Cómo se llama, Ingrid?

—Bates —musitó ella, débilmente—. Y se hospeda en el *Myflower*.

—Ya lo habéis oído. El golpe tiene que ser sobre seguro. Ni una sola posibilidad de defensa para él, ¿comprendido?

—Comprendido, jefe. Pero ¿y el *sheriff* Maxwell?

—Ése es el tercer hombre. Si interviene por cualquier causa, descerrajadle en la cabeza todas las balas que queden en vuestros cilindros. No temáis por las consecuencias porque yo me encargaré del asunto.

Los hombres asintieron, uno tras otro. La promesa de la paga doble les había caído bien.

CAPÍTULO IV

Clark Loman había bebido unas once copas. Demasiado para un hombre que ha estado cuatro años sin probar el licor; por eso iba tambaleándose. Del dinero que le dieron al salir de la prisión no le quedaba más que medio dólar para pagarse una cama aquella noche. En cuanto amaneciese ya vería el modo de mejorar de fortuna. Carson City era grande y rica.

Iba pensando en eso cuento tropezó con Maxwell.

—¡Caramba, el nuevo y flamante *sheriff*! ¡Qué agradable sorpresa!

—Déjese de bravatas, Loman, y grábese esto bien en la cabeza: o se comporta usted decentemente en Carson City o le voy a hacer en la piel más agujeros que hay en el suelo de Nevada. ¡Por lo pronto, no beberá esta noche otra copa so pena de acabar en uno de los calabozos de mi oficina!

Loman hizo una especie de cómica reverencia.

—No me queda más remedio que complacer tan amable sugerencia, *sheriff*. Además, no me queda más dinero.

En los labios de Maxwell se dibujó una mueca de desprecio.

—Se lo ha gastado todo en emborracharse, ¿eh?

Loman se irguió un poco y en sus ojos hubo un brillo peligroso.

—No estoy borracho todavía, *sheriff*. ¿Quiere que se lo de muestre?

Se hallaban solos en una calle lateral, sumida en sombras. Nadie podía verles ni interrumpir lo que hicieran. Maxwell se recogió por encima de los codos las mangas de su camisa.

—Cuando le vi por primera vez me pareció usted ya un tipo insoportable, Loman. Me da sencillamente asco verle por Carson City, y voy a hacer lo posible para que salga de la ciudad. Puede

que la lección le duela, pero es usted un hombre joven y con posibilidades de regenerarse. Dentro de un par de años me lo agradecerá.

Hubo una sonrisa burlona en los labios de Clark Loman.

—¿Ah, sí, angelito? Pues ven…

Maxwell se lanzó como un toro, con la cabeza baja, en dirección a su adversario. Pero éste levantó la rodilla y la incrustó en su rostro, haciéndole tambalearse. El *sheriff* gimió, recobrando la posición vertical. Entonces Loman movió ambos puños y con un seco y centelleante
«uno-dos»
dio con el cuerpo de su enemigo en tierra.

—Le advertí que no estaba borracho, Maxwell. Sólo un poco alegre, y crea que me hacía buena falta. De modo que si quiere dejar esta estúpida cuestión de honor, más vale que lo haga ahora.

Maxwell se levantó poco a poco, con los ojos inyectados en sangre. Hacía años que nadie lograba derribarle, y el que un tipo como Clark Loman lo hubiese conseguido con tal facilidad le deshacía los nervios.

—Si la cosa empieza a gustarme ahora… —rezongó.

Iba a lanzarse de nuevo sobre Clark Loman cuando pareció darse cuenta de que su papel no era digno. Como representante de la ley debía evitar las peleas, no provocarlas. De modo que se detuvo en su avance y, sin abandonar la guardia de sus puños, gruñó:

—Puedo dejar esto ahora, Loman, pero prométeme que te comportarás honradamente mientras vivas en la ciudad.

Hubo en los ojos del ex presidiario un brillo que no se podía decir si era de tristeza o de burla.

—Necesito ganarme la vida, *sheriff*, y me la ganaré como pueda. Si cree que cuatro años en la cárcel han contribuido a elevar mi moral, se equivoca. Ya no creo en la justicia humana, ni en la decencia, ni en la dignidad, ni en nada. Sólo me interesa vivir bien. De modo que si es por eso por lo que se detiene, más vale que ataque de una vez. De encontrar un trabajo honrado lo aceptaré, pero en caso contrario no quiero prometerle nada.

Maxwell se acercó cautelosamente, con los puños por delante.

—¡Un tipo a quien Costello ha sacado de la cárcel! —Silbó—. ¿Qué puede esperarse de ti?

Y se lanzó de nuevo al ataque, cambiando ahora la táctica. En lugar de lanzarse con la cabeza baja y buscar el choque, atacó por un costado y buscando la esgrima de puños. Era un hábil boxeador, de modo que no dudaba acabaría derribando a Loman. Pero éste resultaba un tipo mucho más duro, experto y ágil de lo que nunca hubiera creído. Aceptó el combate de la forma que él lo planteaba y respondió a sus ataques con un hábil juego de piernas, deteniendolos golpes y lanzándose a fondo apenas Maxwell descuidaba la guardia. El *sheriff* se tambaleó cuando Loman alcanzó su barbilla. Estuvo a punto de caer cuando recibió tras la oreja un mazazo que hizo retemblar su cráneo. Se lanzó entonces al ataque, furiosamente, sin preocuparse de cubrirse y buscando solo acabar cuanto antes. Clark Loman, completamente sereno y con un conocimiento perfecto de lo que debía hacer, le recibió con un gancho al mentón, un zurdazo al ojo derecho y un corto al hígado. Maxwell se encogió, transido de dolor. Otro gancho al mentón acabó enviándole definitivamente a tierra.

—Espero que tenga bastante, *sheriff*. ¿Vamos a dejarlo ya?

Aunque Maxwell tenía las facciones bañadas en sangre, no se dio por vencido. Trabajosamente se puso en pie otra vez, brillándole los ojos a causa de la furia que le dominaba.

—Precisamente la cosa empieza a gustar ahora —repitió tercamente.

—No me es usted simpático ni mucho menos, Maxwell, pero no puedo negar que tiene valor —dijo Loman, acercándose y preparando el brazo derecho para enviarle de una vez a la región de los sueños.

Maxwell rugió y se lanzó de nuevo al ataque, mientras Loman tendía su brazo derecho. Pero en aquel momento algo les detuvo instantáneamente a los dos. Había sonado una descarga.

—¡Hum! —murmuró Loman.

—Gggg… —Gorgoteó Maxwell.

—Han disparado varios tiros a la vez, *sheriff*. Una verdadera andanada. Y ha sido por aquí cerca.

—Yo diría que en el *Myflower* —sugirió Maxwell.

—Puede que tenga razón. Vamos allá.

Olvidando la pelea que sostenían unos momentos antes, los dos hombres avanzaron rápida y silenciosamente en dirección al hotel.

Éste se hallaba emplazado en la calle contigua y pudieron llegar hasta su parte trasera por un estrecho callejón donde se amontonaban los barriles vados y las cajas de bebidas de un *saloon* contiguo, Maxwell se detuvo de repente.

—Mire —susurró.

Varios hombres se deslizaban desde una de las ventanas de la parte trasera del hotel, rápida y silenciosamente. Por el orden y rapidez con que actuaban se colegía que eran individuos acostumbrados a semejante tarea. Maxwell los contó rápidamente y vio que eran cinco. Tres estaban ya abajo y dos más se deslizaban desde la ventana.

—Esos tipos acaban de cometer un asesinato —musitó—. Hay que detenerlos.

Clark Loman se acarició pensativamente la nuca.

—Eso es cuenta suya, amigo. ¿No le pagan por ser *sheriff*?

—No necesito para nada su cochina ayuda. Lo que tenga que hacer lo haré solo.

Iba ya a abandonar el refugio que les proporcionaba el barril tras el que estaban ocultos cuando se volvió para mirar a Loman.

—Sólo quiero que me prometa una cosa.

—¿Cuál?

—Entre esos tipos he reconocido a Bed, el lugarteniente de Jim Costello. Quiero estar seguro de que usted no atacará por la espalda.

Loman no pudo contenerse y le escupió al rostro.

—¡Así contesto yo a los que me insultan, Maxwell!

—Te juro que me pagarás esto —silbó el *sheriff*—. Te mataré a puñetazos en cuanto reanudemos la pelea.

Se puso en pie de un salto y encañonó con sus revólveres a los cinco hombres.

—¡Alto en nombre de la ley!

Estaban ya los cinco en el suelo. Con una agilidad pasmosa todos se dispersaron y se pusieron a cubierto de un solo salto. Bed, que había reconocido al *sheriff*, gritó:

—¡Muchachos, es Maxwell!

Cinco disparos partieron casi simultáneamente de otros tantos lugares del callejón. Maxwell se echó hacia atrás, protegiéndose con el barril. Una bala le había arañado la mejilla, llevándosele

fragmentos de piel, aun cuando en el primer momento no advirtió más que una intensa sensación de calor.

—¡Está solo! ¡Acorraladle!

Dos pistoleros saltaron a la vez, con una perfecta sincronización de movimientos. Maxwell se enderezó, hizo fuego dos veces y no logró alcanzar a ninguno de ellos. Lanzó una maldición.

—Calma, calma, *sheriff*… —aconsejó tranquilamente Loman, que estaba sentado en el suelo y aún seguía acariciándose la nuca.

—¡Deberla cortarle la lengua, cerdo!

Al volverse para insultar a Loman, una bala certera le arañó el cuello. Como una serpiente irritada, Maxwell se puso casi en pie y disparó rabiosamente con sus dos revólveres hacia el fondo del callejón. Obligó a guarecerse al enemigo que le había causado el rasguño, pero en cambio no pudo evitar que otro le alcanzase con una bala. Maxwell soltó el revólver derecho y cayó pesadamente al suelo, mientras se llevaba la mano libre al hombro izquierdo, herido.

—¡Le hemos dado! ¡A él!

Era la voz de Bed. Una voz triunfante, en cuyo timbre gozoso había algo que la hacía despreciable.

—¡Sí, venid por mí! —rugió Maxwell—. ¡Mañana transportarán mi cuerpo al cementerio junto con los de todos vosotros!

Se oyó la risa suave y burlona, casi femenina, de Bed.

—¡Está acorralado! ¡Cubridme mientras avanzo!

Una granizada de plomo se abatió sobre el barril que protegía parcialmente al *sheriff*. Éste, con el brazo izquierdo empapado en sangre, aún sostenía un revólver en su diestra. Hizo fuego fieramente, siguiendo los sucesivos saltos de Bed, pero no pudo evitar que éste se colocara en posición ventajosa para batirle, cortándole además toda retirada. Se dio cuenta de que a partir de aquel momento su destino estaba bien claro: hacerse matar:

A aquella hora nadie acudiría en su auxilio. Los vecinos estaban demasiado acostumbrados a escenas semejantes para molestarse en intervenir. Y en cuanto a sus agentes, los dos de servicio se hallarían en la oficina, jugando a los naipes, indiferentes por completo al lejano tiroteo. Sólo un hombre tenía a su lado y éste era un bandido peor que los de Costello. Lo más terrible de aquella situación era que tendría que morir junto a un hombre así.

Se volvió para envolverle en una última mirada de desprecio. Y entonces se dio cuenta de que la actitud de Loman era muy extraña: temblaban sus labios y sus facciones estaban bañadas en sudor, pero no era de miedo. Un hombre atemorizado no tendría aquella fría expresión en los ojos. Lo que le ocurría simplemente a Loman era que estaba dominando sus nervios. Pero el *sheriff* no adivinó por qué.

Una bala atravesó limpiamente el barril y rozó la cabeza del *sheriff*. Antes habían tirado oblicuamente, pero desde la posición frontal en que se encontraba Bed cualquier bala podía atravesar fácilmente las viejas tablas. Esto hizo completamente desesperada la situación de Maxwell, que ni siquiera se atrevía ya a responder al fuego.

—¡Hemos debido darle, muchachos! ¡Avanzad mientras yo os cubro!

Y la risita sardónica de Bed volvió a dejarse oír.

Hasta unos minutos antes, Clark Loman había pensado que aquel asunto no era de su incumbencia y que allá Maxwell si los pistoleros le cribaban la piel. Al fin y al cabo, le habían dado una estrella para que se adornase el pecho y le pagaban una bonita cantidad cada mes. A él, en cambio, le habían tenido cuatro años en la cárcel sin causa alguna. Que el *sheriff* se las arreglase, pues, como mejor le pareciera.

Si le hubiesen dicho que el ayudaría de algún modo a Maxwell, se habría echado a reír.

Y sin embargo, algo se rebelaba ahora en su conciencia de hombre. El que cinco pistoleros como aquéllos rematasen ante sus ojos a un valiente, era algo que sobrepasaba su capacidad de aguante. Sobre todo si la carnicería iba acompañada de una risita como la de Bed. De modo que sus nervios saltaron de repente y rugió:

—¡Basta ya, qué cuerno!

Su revólver salió a la luz como la lengua de una víbora. Se puso en pie de un salto y su cabeza emergió por encima del barril. Los dos pistoleros que venían lanzados se encontraron de pronto ante un ojo de metal que miraba indistintamente a sus cabezas. Y éstas saltaron hechas pedazos tras una doble detonación del revólver de Loman.

—¿Qué haces? —rugió Maxwell—. ¡No necesito tu ayuda, perro!

—¡Ni yo te la presto, imbécil! Pero ¿hay algo que me impida divertirme un poco?

Disparó otra vez, ahora hacia donde se ocultaba Bed. Éste se pegó al suelo cuan largo era.

—¡Es Loman! —rugió—. ¡Acribilladle!

Pero el espectáculo de los dos pistoleros muertos ante el gigantesco barril impresionó a los otros sicarios de Costello. Y éstos se limitaron a disparar para cubrirse a sí mismos, no para atacar.

—¿Cómo te sientes?, flamante ¡*sheriff*! —Silbó Loman.

—Mejor de lo que tú quisieras, granuja. Si crees que me van a despachar aquí, empieza a desengañarte.

—¡No, no, todo lo contrario! ¡Si yo quiero que vivas muchos años! ¡Para un maleante como yo, la ciudad resultará estupenda mientras tú seas *sheriff* en ella!

Maxwell lanzó una imprecación.

—Oye, si me has tomado por…

Una bala atravesó el barril y pasó junto a la boca. Tan cerca que sintió como si la masticase. Los labios se le quedaron cuadrados.

—Esto es para que calles —gruñó Loman.

El pistolero autor del disparo se había confiado en exceso y ahora salía un poco de su refugio para repetirlo con mejor fortuna. Clark Loman reptó por el suelo, apoyándose en los codos, e hizo un solo disparo. El pistolero quedó quieto, con las manos rígidas y los ojos espantosamente fijos, mirando al vacío.

Sólo dos pistoleros de los enviados por Costello quedaban vivos. Dos contra el *sheriff* y su inesperado ayudante, el ex presidiario Loman.

—¡Más vale que salga de ahí, Bed! —gritó Maxwell—. ¡Le ofrezco la oportunidad de entregarse!

Pero Bed sabía que Costello no iba a perdonarle su fracaso. Con tal que no hablase le asesinaría aun en la misma oficina del *sheriff*. Quedaba una sola posibilidad de sobrevivir y ésta había que ganarla luchando. De modo que en vez de responder disparó furiosamente, buscando alcanzar a alguno de sus enemigos tras su precario refugio.

Las balas atravesaban ahora limpiamente el barril, que tenía tantos agujeros como una criba. Loman pensó que era una

verdadera lástima que no estuviese lleno.

—Sería una buena fuente —dijo en voz alta, mientras recargaba su arma—. La mejor que habría visto en mi vida.

Al mirar al *sheriff* Maxwell se dio cuenta de que éste perdía sangre continuamente por la herida del hombro. Se acercó a él y le apartó la mano.

—Es sólo un rasguño que curará en seguida, pero si sigues perdiendo sangre lo pasarás mal. Ve a que te curen y yo acabaré con esa pareja.

—De ningún modo, Loman. Y no creas que agradezco tus palabras. Mi deber es atraparlos solo, y si algo lamento de todo esto es que hayas tenido que ayudarme precisamente tú.

Loman rió. Tenía una risa agradable y que en cierto modo era simpática. Pero bastaba oírla medio minuto para advertir cuánta amargura, cuánta desesperanza y hasta cinismo latía en ella. Era la risa del hombre que no cree en nada, ni siquiera en sí mismo.

—Pues de no intervenir yo lo hubieras pasado mal, Maxwell…

El *sheriff* iba a contestar cuando una nueva bala restalló junto a su cara, trazando un segmento en una arandela del barril. Quedó mudo, con las facciones crispadas por el sobresalto.

Bed y su compañero habían decidido jugarlo todo por todo, saliendo al descubierto. Y estuvieron a punto de liquidar al *sheriff* con aquella bala dirigida a su cabeza. Loman dio un ágil salto, tomando impulso con las rodillas y quedando plantado sobre sus codos. Dos balas le siguieron en sus movimientos y arrancaron astillas a las cajas de madera. Loman, con los ojos entrecerrados, disparó. Y el único sicario que le quedaba a Bed cayó de bruces con el corazón atravesado.

Bed lanzó un chillido de terror, como de rata acorralada.

—Tienes una oportunidad —advirtió Loman—. Levántate con los brazos en alto y yo no dispararé.

—¡No me fío de ti, granuja!

Bed se había ya incorporado al decir esto, disparando furiosamente. Clark Loman, al adivinar sus movimientos, se estiró cuan largo era, extendiendo por otra parte el brazo derecho. Su revólver crepitó dos veces mientras las balas de Bed silbaban junto a su cabeza. Al primer impacto, Bed se encogió, alcanzado en el estómago. Al segundo, cayó sin sufrir, con la cabeza atravesada.

Clark Loman se puso en pie lentamente, acercándose a él, y dijo en voz muy baja, como si rezase:

—Lo siento, compañero…

CAPÍTULO V

De nuevo Jim Costello estuvo a punto de tragarse su monumental cigarro habano.

—¡No puede ser! —rugió—. ¡Cinco hombres!

El pistolero que estaba frente a su mesa parecía por su palidez uno de los cadáveres de que estaba hablando. Aún le temblaban visiblemente las manos y no hacía más que tocarse el revólver. A su lado, sentada y fumando calmosamente un cigarrillo, estaba la hermosa Ingrid.

—Explícame exactamente lo que sucedió —ordenó Costello, tratando de dominarse.

—Yo estaba paseando cerca del *Myflower* —contestó apresuradamente el pistolero—. Usted no me había ordenado ningún trabajo y pensaba pasar la noche jugando en algún *saloon*. De repente oí disparos. Muchos disparos…

—Sigue.

—Yo sabía que Bed y algunos compañeros habían ido a eliminar a un hombre llamado Bates, que se hospedaba en el *Myflower*. Oí una detonación ahogada dentro del edificio y pensé que ya habían concluido su trabajo, como así resultó, pues luego he sabido que ese Bates tiene media arroba de plomo en el cuerpo. Pero en seguida empecé a oír más disparos que en la batalla de Gettysburg. Fui dando un rodeo, y cuando llegué vi cómo ese Loman liquidaba a Bed de dos disparos. Los otros cuatro hombres estaban muertos también, por lo que supuse que era él mismo quien los había liquidado. Maxwell, el *sheriff*, no daba la sensación de haber intervenido en gran cosa. Estaba apretándose una herida de la que manaba sangre, pero que por el sitio no podía ser de gravedad. ¡Mi impresión fue que Clark Loman, ese maldito, había eliminado él

sólo a nuestros cinco hombres!

Costello arañó, sin darse cuenta, la mesa; tal era su excitación.

—¿Dónde estabas tú?

—A… a su espalda.

—¿Y no se te ocurrió cazarles, idiota? ¡Podías haberlo hecho con sólo dos golpes de gatillo!

La actitud del pistolero cambió. De temerosa pasó a ser decidida, como la de un hombre que se ha dado cuenta de que pretenden empujarle a la muerte.

—Mire, jefe, si hay que luchar con ese tipo, prefiero no seguir trabajando para usted. Cuando veo matar a un hombre sé si el que lo hace conoce bien el oficio. ¡Y ése lo conoce bien, qué diablos! ¡Ni aun alcanzándole en la nuca hubiera tenido la seguridad de que no se volvía para rematarme! ¡Una cosa es dar órdenes desde detrás de esta mesa y otra enfrentarse al peor pistolero que jamás ha pisado Nevada! De modo que si lo prefiere considéreme despedido a partir de este momento.

El pistolero había hablado de un tirón, casi sin respirar. Pero aun en tan poco tiempo, la cara de Costello se volvió grana a causa de la furia. Levantó las manos y estuvo a punto de saltar sobre su cuello.

—¡Mereces que te mate…! ¡Debería estrangularte aquí mismo!

La voz de Ingrid sonó calmosa, serena:

—No ganarías nada con ello, Jim. Y recuerda que ya hemos hablado de una cosa: tu mejor arma está en tu serenidad.

Costello pareció comprenderlo así. Se dominó con un lento rechinar de dientes.

—Lárgate —dijo al pistolero—. ¡Sal de aquí!

El otro no se hizo repetir la orden. Luego Costello se quedó mirando a Ingrid, que seguía fumando tranquilamente su cigarrillo de Virginia.

—Ese hombre no ha tenido tiempo de contártelo todo —dijo la mujer con voz suave—. Antes de entrar aquí, me explicó que el *sheriff* y ese Clark Loman se habían despedido gruñendo y amenazándose el uno al otro. Parece que, a pesar de haber luchado circunstancialmente juntos, no se profesan la menor amistad.

—Eso no me importa —replicó Costello—. Allá ellos. Lo evidente es que he perdido a mis cinco mejores hombres y que

ahora no sé cómo acabaré con Clark Loman y mucho menos con Judith Lauren.

—Yo conozco la solución —declaró Judith.

—Sí, ya sé: que contrate otros pistoleros. Pero hay muchos aficionados en Carson City y muy pocos profesionales del gatillo de quienes uno se pueda fiar. Y si han de pelear contra un tirador de excepción, como parece que es ese Loman, mucho menos.

—Es que no es ésa la solución que te propongo yo, Jim.

La expresión de Costello se hizo un poco burlona.

—¿Ah, no? ¡Si hasta resultará que tienes ideas en esta cabecita! ¡Desembucha de una vez!

—Te propongo que contrates al propio Clark Loman.

—¿Quéeeee…?

Parecía como si Costello no hubiese oído bien.

—No es ningún absurdo, Jim. Hasta parece increíble que no se te haya ocurrido antes. Él es un ex presidiario sin trabajo y estará deseoso de ganar algún dólar. Tú le sacaste de la cárcel, ¿qué más natural que trabajar para ti? Incluso ya le insinué algo de eso antes de que quedara libre, pero ahora hay que cambiar de táctica. Ofrécele un empleo, utilízale para acabar con Judith y luego ya tendrás ocasiones para eliminarle.

—Pero ¡tenerle tan cerca de mí! Si él supiese…

—Los enemigos cuanto más cerca mejor, Jim, para poder vigilarlos. Además, no encontrarás en Nevada otro pistolero que pueda comparársele. ¡Y para acabar con los hermanos Lotimer hará falta un buen gatillo, no lo dudes! ¡Defenderán con los dientes su gallina de los huevos de oro!

Jim Costello quedó como consternado, como abrumado por la lógica de las palabras de la joven. Y de repente, la expresión de su rostro cambió. Se hizo otra vez agresiva, vehemente.

—De acuerdo, pero hay un inconveniente: ¿querrá ese tipo matar a una mujer por muy bien que se lo paguen?

Ingrid sonrió.

—Tú no has visto sus ojos, Jim, y yo sí. Son ojos de hombre que ya no cree en nada. Matará a Judith y matará a quien sea preciso por un puñado de dólares. Además… —Y sonrió encantadoramente —, ¿quién se niega a hacer una cosa cuando la pido yo? Porque seré yo misma quien se encargue de ese hombre…

* * *

Clark Loman se había levantado tarde, abandonando la habitación alquilada por una noche, yéndose seguidamente al *saloon* más cercano. No tenía dinero, no ya para un vaso de ginebra, sino ni siquiera para un pedazo de pan. Se sentó en una mesa apartada, colocó los pies sobre ella y dejó pasar las horas. Aquel día no comió, ni seguramente cenaría por la noche.

De todas formas, era hermosa aquella sensación de libertad. Era hermosa y siguió siéndolo hasta que el hambre se convirtió en un dolor casi insufrible. Entonces Loman empezó a maldecirse a sí mismo para sus adentros. Pero a media tarde todo había pasado. Su propia debilidad fue una ayuda y acabó anestesiándole contra el hambre.

Y entonces vio a la mujer. Estaba tan rutilante, tan tentadora que le pareció un sueño. Y sonreía de un modo tan cautivador que Loman sintió cómo se disipaban al instante las brumas de su cerebro.

—¿Puedo sentarme?

—¿Aquí?

—Sí, claro. Deseo hablar con usted.

Loman retiró los pies de encima de la mesa, adoptando una actitud más bien respetuosa.

—Mire, señorita. Sé que aunque usted es el abogado de Costello y cobra directamente de él, querrá que le pague algo por haberme sacado de la cárcel. Y es justo, lo reconozco. Estoy en deuda con usted… Pero, hermana, ha elegido un mal momento, porque ahora no tengo ni para pagarme un entierro de beneficencia.

Ingrid sonrió. Y vio dos cosas en los ojos del hombre: admiración por una parte ante su belleza y fría desesperación por otra. La desesperación del hombre que ya no tiene ningún ideal, ningún soporte material ni moral sobre el que edificar su vida.

—No he venido a reclamarle nada —manifestó, mirándole a los ojos.

—¿No? Bien… Casi no puedo creerlo. Entonces habré de suponer que ha venido a verme porque soy guapo.

En otro hombre quizá aquella frase habría parecido presunción. En Loman no lo fue. Habló de su atractivo varonil como otro podría hablar de la belleza de las estrellas, de la lejanía de la luna o de otra

cosa igualmente indiferente. Ingrid le seguía mirando y repasó poco a poco todos los detalles de su rostro y su figura… Si, Clark Loman era un hombre guapo. Quizá desde que tuvo sensación de su propia feminidad, Ingrid no había visto a nadie de quien se desprendiese un tal atractivo, una tan poderosa sugestión. Algo en su corazón de mujer le dijo que siempre había deseado un hombre así, que siempre, desde el fondo de su desesperada soledad, había anhelado la compañía de alguien que se pareciese a Loman. Pero la vida era cruel, y el que no devoraba tenía que resignarse a ser devorado. Al diablo Clark Loman, si ella podía obtener algún beneficio con esto.

—Puede que en cierto modo haya venido a verle porque me siento atraída hacia usted —dijo en voz cálida y baja—, pero aparte de ello, sobradamente sabe que no pienso más que en mis asuntos profesionales. Y uno de ellos es el que me ha traído aquí.

—Muy importante debe ser cuando ha entrado en este local para hablar conmigo.

—No temo a los hombres ni aun cuando están reunidos en un *saloon* —alardeó Ingrid—. Y pasemos ya a lo que quería decirle. Sin duda ya supone que Jim Costello, al sacarle de la cárcel, sentía algún interés por usted.

—Lo doy por descontado. ¿Puedo serle útil en algo? Hace muy poco he sabido que anoche acabé con cinco de sus hombres, pero en el momento de disparar no sabía para quién trabajaban. ¿Es por eso por lo que quiere verme?

—Sólo en parte. No piensa reprocharle el que eliminase a cinco estúpidos que obraban por su cuenta y estaban a punto de cometer una insensatez. Pero su llamémosla inoportuna intervención, le ha dejado sin buenos tiradores a su alrededor. Usted sabe que en Carson City son necesarios a todo hombre influyente. Y tal vez piensa ofrecerle un empleo.

Loman la miró con cierta impertinente curiosidad.

—¿Usted es su abogado o su agente de compra-venta de vidas humanas?

—De todo un poco —asintió Ingrid, tristemente—. ¿Viene conmigo?

—Debo decir que sí. Y debo decir también que nunca he acompañado a una mujer tan hermosa.

Salieron a la calle, seguidos por las miradas de envidia de

cuantos hombres había en el local. Ingrid despertaba la más violenta admiración allí por donde pasaba, aunque nadie se atreviera a abordarla por no ofender al todopoderoso Costello. Una vez en el exterior, encontraron al *sheriff* Maxwell.

—¡Vaya, pero si es mi amiguito de la estrella! ¿Cómo va esa herida, Maxwell?

El *sheriff* se miró con ojos sanguinolentos el brazo que llevaba en cabestrillo.

—No admito bromas, Loman. Si sigue por ese camino le juro que en cuanto pueda moverme le daré la paliza más grande que ha recibido en su vida.

—¡Qué miedo tengo, Maxwell! ¡Pero en fin, ya procuraré ir siempre con alguna mujer para que usted no se atreva!

Tomó ostentosamente a Ingrid por el brazo, sin que ella se opusiera, y continuaron su camino. El *sheriff* se quedó pensativo, acariciándose la barbilla con su brazo sano.

No tenía ni idea de dónde podía estar Judith. Pero el hecho deque Loman fuera con Ingrid hacia el despacho de Costello le daba mucho que pensar. E instintivamente adivinaba que todos los sucesos ocurridos últimamente estaban relacionados de algún modo misterioso, que urgía desentrañar.

* * *

La mano de Costello, sudorosa y ancha, le dio a Loman la sensación de un reptil. No quiso estrecharla y disimuló sentándose directamente en el sillón que estaba frente a la mesa.

—Usted, sin duda, sabe que soy uno de los hombres más poderosos de Carson City —dijo, sin preámbulos, Jim Costello.

—Lo sé. Pero, a pesar de ello, debe convenir conmigo en que «tenía» muy malos pistoleros.

El jefe encajó el golpe. Sus facciones se alteraron.

—No sé cómo ocurrió la desgracia. Vamos a llamarla así y olvidémosla —susurró dominándose—. Pero ella ha servido para demostrar que maneja usted bien los revólveres. ¿Quiere entrar a mi servicio?

Loman se encogió de hombros.

—No he comido hoy —suspiró—. ¿Qué quiere que le diga?

—Si trabaja conmigo comerá todos los días. Y tendrá todo

cuanto apetezca.

Clark Loman miró descaradamente a Ingrid.

—¿Cuánto apetezca…? Lo dudo, pero si usted lo dice…

Costello palideció y tuvo que morderse los labios.

—Voy a ofrecerle cuatro mil dólares por un solo trabajo, Loman. Supongo que no habrá visto ese dinero junto en todos los días de su vida.

—Si, cuando vivía mi padre.

La frase quedó flotando en el aire, entre los tres personajes, como un presagio. Ingrid miró alarmada a Costello y éste tuvo un involuntario estremecimiento. Pero, al fin, aquello no era más que una frase. No había que darle importancia. Continuó:

—Cuatro mil dólares contantes y sonantes, de los cuales la mitad irá ya a parar a sus bolsillos ahora. Todo por un solo disparo, que debe ser certero.

—¿Un asesinato? —sonrió Loman.

—Llámelo como quiera. Se trata de eliminar a alguien que es peligroso, muy peligroso para mí. Se llama… se llama Judith Lauren.

—¿Una mujer?

Los ojos de Loman denotaban una tan infinita frialdad, una carencia tal de sentimientos y emociones, que el mismo Costello quedó sorprendido.

—Sí, una mujer. Pero no crea que indefensa, puesto que está protegida por dos hombres.

—Me ha dicho que se llama Judith Lauren. En la cárcel oí decir que el *sheriff* Lotimer, actualmente desaparecido, tenía una sobrina con ese nombre.

—Es ella —dijo Costello, apretando los labios, con el temor de que Loman se acobardase.

—¿Ha dicho cuatro mil dólares?

—Si.

—Seis mil.

Costello parpadeó y estuvo a punto de clavar las uñas en la superficie de la mesa.

—Está bien. Le daré tres mil ahora y tres mil cuando haya realizado el trabajo.

—Otra cosa… ¿Por qué me ha elegido a mí?

—La mujer a la que va usted a matar no le conoce. Si enviara a cualquier otro de mis pistoleros se pondría en guardia.

—Perfectamente. ¿Adónde deberé ir?

—A cien millas de aquí, en dirección norte, hay un lugar llamado Black Valley. En él viven los Lotimer, conocidos en toda la comarca. No le será difícil dar con ellos. Su casa es grande y alquilan habitaciones a gente que está de paso. Por consiguiente, usted podrá alojarse allí, aguardar un par de días hasta que vea una ocasión favorable y cumplir su cometido. No crea que es difícil lo que le encargo.

—Fácil o difícil, lo haré. Vengan los tres mil dólares.

Costello abrió el cajón central de su mesa bajo la mirada vigilante de Loman. Extrajo cinco billetes de a mil y separó tres.

—Judas trabajó más barato —comentó Loman, embolsándoselos.

—¿Pero usted no cree en nada? —suspiró Ingrid—. ¿Absolutamente en nada?

Costello la miró furiosamente, creyendo que con su pregunta haría reflexionar y volverse atrás al hombre, a quien ya veía cogido. Pero Loman no denotó la menor emoción. Ni siquiera pareció creer que la pregunta mereciese una respuesta seria.

—En nada —musitó, poniéndose en pie—. Y si ustedes hubieran permanecido cuatro años en una mazmorra siendo inocentes, también pensarían lo mismo, señores. Buenas noches.

Y salió de la habitación. Ingrid se lo quedó mirando hasta que hubo cerrado la puerta.

CAPÍTULO VI

Black Valley se abría en el fondo de un impresionante círculo de montañas. Era el lugar más bello, más atractivo que Clark Loman había visto jamás. Después de cuatro años de no tener más horizonte que las paredes de su celda, el maravilloso paisaje le cautivó.

Montaba un buen caballo recién adquirido, llevaba revólveres nuevos y en sus bolsillos había dinero fresco. Tenía muchos motivos para sentirse feliz y en realidad, cuando pensaba sólo en su libertad y en el paisaje, lo era. Pero le bastaba reflexionar un instante sobre su misión para sentir una profunda náusea.

En Black Valley había alrededor de unas cuarenta granjas dispersas. Formaban entre ellas una especie de comunidad de defensa, pero en sus relaciones latían el odio, la envidia, los pequeños rencores vecinales. A pesar de que la comarca era rica, unos anhelaban poseer lo de los otros. Y así no existía paz en la comarca. Clark Loman adivinó esto nada más llegar, oyendo hablar a las gentes y viendo cómo algunos tipos llevaban los revólveres.

Preguntó por la casa de los Lotimer y le dijeron que estaba en lo alto de una colina cercana.

—Gracias. ¿Es cierto que puedo hospedarme allí?

—Si no teme usted dormir cerca de los rufianes más grandes de la comarca, sí que puede. ¡Lástima de chica la que tiene que vivir con ellos!

Clark adivinó que se referían a Judith y no quiso preguntar más. Ya tendría ocasión de conocerla cuando llegase a la casa.

Ésta era una edificación antigua, con dos plantas y amplio porche en la parte delantera. Todo en ella invitaba a la quietud y a la paz, y resultaba extraño pensar que allí pudieran vivir unos tipos

como le habían dicho que eran los Lotimer.

Vio a uno de ellos cuando aún no había llegado a cincuenta yardas de la casa.

—¡Arriba las manos!

Clark Loman obedeció, sonriendo irónicamente. Un tipo de unos treinta años, alto y corpulento como un roble, había aparecido con un rifle surgiendo de detrás de un seto. Se parecía al viejo *sheriff* Lotimer, a quien Loman había visto docenas de veces, pero sus facciones no reflejaban la nobleza que siempre adornó a las del representante de la ley. Éstas estaban modeladas con trazos burdos, casi salvajes.

—¿Es ése el modo cómo reciben a los forasteros? —preguntó Loman, acariciándose la barbilla con su mano derecha.

—A según qué forasteros, sí. ¡Y estese quieto!

—Bueno, yo pensaba que ustedes eran gente servicial y amable. ¿No se dedican de vez en cuando a hospedar viajeros?

La actitud de Lotimer seguía siendo recelosa. No bajaba una sola pulgada el cañón de su rifle.

—Está bien —suspiró Loman—. Vista su actitud no me quedará más remedio que irme. Ya me hospedaré en otro sitio.

—¡Hará bien!

Loman se convenció de que los hermanos tenían un miedo atroz a lo que pudiera hacer Jim Costello. Aunque no estaba enterado de por qué éste deseaba la muerte de Judith, no resultaría difícil suponer que era porque la muchacha conocía algún secreto que podía perjudicar gravemente al magnate. Y ese secreto en manos de los Lotimer podía dar base para un lucrativo chantaje. De aquí que desearan proteger a la muchacha contra cualquier enemigo, e impidieran que los desconocidos se acercaran a la casa.

—¡Hasta la vista, amigo!

Volvió grupas y puso el caballo a galope, alejándose. Pero en realidad tenía ya trazado un plan. Unas cien yardas más allá simuló hábilmente perder el equilibrio en un falso paso de su montura, se sujetó desesperadamente a las riendas, trató de abrazarse al cuello del animal y cayó al fin al suelo, simulando quedar sin sentido.

Lotimer soltó una maldición.

—¡Maldito novato!

Corrió hacia él, con el rifle preparado, mientras gritaba:

—¡Eh, Louis!

Un tipo de similares características, pero un par de años más joven que el que le llamaba, salió corriendo de la casa. Utilizaba un doble cinturón canana, del que pendían dos revólveres.

Loman lo oía todo perfectamente, pero no hacía un solo movimiento. Pese a dar por supuesto que los dos hermanos eran capaces de asesinarle mientras le creían sin sentido, resolvió llevar su estratagema hasta el fin, ya que era el único medio que se le había ocurrido para llegar a entrar en la casa.

Oyó las recias pisadas de los dos Lotimer al llegar junto a él.

—Se ha caído del caballo, pero no me fío. Puede enviarle Costello.

El que hablaba era Louis. El otro levantó la cabeza a Clark, tirando de sus cabellos, y le entreabrió los párpados con la otra mano. Vio que sus ojos estaban en blanco.

—Ha perdido el conocimiento. Desde luego, cayó demasiado atropelladamente para fingirlo.

—De todos modos, no debemos fiarnos. Yo acabaría con él. Es un desconocido y si alguien nos pide cuentas diremos que intentó atacarnos.

—Tienes razón. Descerrájale tú primero.

Clark Loman se dijo que había llegado el momento de saltar, de jugarlo todo a una carta. Y ya iba a mover sus músculos en una violenta contracción cuando, de repente, escuchó una lejana voz de mujer:

—¡Louis! ¡Allan! ¿Qué vais a hacer?

La voz de Judith, sin duda. Era una voz que, a pesar de la excitación propia del momento, era bien timbrada, suave y parecía acariciar.

—¡A ti no te importa esto! ¡Vuelve a la casa!

Pero la muchacha corría ya hacia los dos hermanos. Se oían sus pisadas rápidas, ágiles, sobre la tierra dura. Loman oyó cómo uno de los dos hermanos maldecía por lo bajo.

—¿Qué ibais a hacer? —preguntó Judith, deteniéndose jadeante junto a ellos.

—Este tipo venía a la casa no sabemos para qué.

—¿Y por esto ibais a asesinarle? Docenas de hombres han venido este año a hospedarse aquí y siempre los habéis admitido.

¿Por qué, desde que estoy yo, no hacéis lo mismo? ¿Qué ocurre?

—Demasiado lo sabes. Costello intentará matarte.

—¿Y para hacerlo va a enviar a un hombre que ni siquiera sabe montar a caballo?

Louis hizo un gesto dubitativo con la cabeza. Judith aprovechó su vacilación para decir:

—No podemos dejarle así; puede que esté seriamente lesionado. Ayudadme a entrarle en la casa y luego veremos qué es lo que se hace con él.

—Matarlo —rezongó Allan—. Pero quizá tengas razón en lo que dices. Convendrá esperar a que recobre el conocimiento para someterlo a interrogatorio.

Entre los dos levantaron a Loman como si fuese un fardo y lo cruzaron sobre la silla del caballo, que se había detenido al caer su dueño. Luego llevaron al animal de la brida hasta la entrada de la casa.

Cuando Loman fingió recobrar el conocimiento estaba tumbado en el suelo, sobre una alfombra de cáñamo. El tipo con quien antes hablara y otro que se le parecía bastante estaban inclinados sobre él, y no precisamente en actitud solicita. Detrás se hallaba una muchacha.

Clark Loman parpadeó dos veces al verla. Después de contemplar a Ingrid había creído que no existía mujer más hermosa. Se dio cuenta en este momento de que había estado equivocado, de que Judith era mucho más perfecta, más dulce, más limpia y pura en la increíble armonía de sus proporciones. Clark Loman, el hombre a quien todos creían sin esperanza y sin fe, se dio cuenta de que, por primera vez, había descubierto algo perfecto en la vida. Tuvo la sensación de que hasta entonces había pasado por un sueño irreal y de que era ahora cuando acababa de descubrir la belleza y la luz.

—Parece que recobra el conocimiento. ¡Eh, y fíjate en sus revólveres, Louis! ¡Sin punto de mira, para que puedan deslizarse mejor fuera de las fundas…! ¡Un auténtico pistolero!

Loman estuvo a punto de morderse los labios. Era verdad. No había tenido en cuenta aquel detalle que le identificaba como a un
gun-man
allí por donde fuese. Trató de mostrar una actitud desorientada.

—¿Dónde estoy?

—En casa de los hermanos Lotimer. ¿Quién te envía?

—¿Enviarme? Nadie…

La respuesta no pareció satisfacer gran cosa a los que le interrogaban.

—¿Cómo te llamas?

—Clark Loman.

—Clark Loman… ¿Te recuerda a ti algo ese nombre, Allan?

—A mí no… Y no perdamos más tiempo con él.

—Pues a mí sí me recuerda algo —dijo Judith de repente—. Vuestro padre iba con frecuencia a la cárcel de Carson City, y a veces me habló de un individuo con ese nombre. Era el más rebelde de todos los reclusos y el que mejor tiraba con arma corta. Creo que enseñaba a los guardianes y todo. Estaba allí por… por haber asesinado a su propio padre… ¡Oh, Dios mío, y ese individuo ha tenido que llegar hasta aquí! —añadió de repente, llevándose ambas manos a la boca—. ¡Echadle! ¡Arrojadle bien lejos de esta casa!

Los dos hermanos cambiaron una rápida mirada de inteligencia. Aquello cambiaba el aspecto de las cosas. Y además bastaba que un tipo repugnase a Judith para que les agradara a ellos, y viceversa.

—¿Es verdad lo que ella ha dicho? —rugió Allan, sujetando a Loman por el cuello de la camisa y levantándole en vilo.

—Sí… He huido de la prisión hace tan sólo tres días. Y me interesa poner tierra de por medio. Quería… quería dormir aquí esta noche, pero ahora no sé si podré continuar…

—¿Te persiguen?

—Creo que si… Maxwell, el nuevo *sheriff*, y unos cinco hombres más. Un maldito individuo, un tal Jim Costello, ofreció una recompensa a quien me capturase. Quiere hacer propaganda de su nombre para las próximas elecciones y… yo seré la víctima. Ha ofrecido tres mil dólares por mi cabeza, y eso despierta la codicia de los que vienen tras mis huellas.

Louis cambió otra rápida mirada de inteligencia con Allan, y Clark, a quien esto no pasó inadvertido, comprendió lo que querían hacer con él: entregarle a sus perseguidores y cobrar los tres mil dólares. Daban por supuesto que ya lo tenían en sus manos.

—Bueno… —concretó Allan, con una hipócrita sonrisa, cambiando de actitud—, creo que al fin nada perdemos

ofreciéndote cobijo por una noche. Mañana veremos si está en disposición de reemprender el viaje. Pero tendrá que despojarse de sus revólveres, porque no nos gusta que haya gente armada en la casa.

Loman los entregó rápidamente sin titubear, e incluso con una expresión de alivio.

—Guárdenlos. Confío en ustedes.

Louis no pudo evitar lanzar una carcajada.

—¿Sabe? A primera vista nos había parecido un tipo terrible, un auténtico pistolero profesional. Pero, vamos, no es tan fiero el león como lo pintan.

Clark no contestó. Se limitó a ponerse trabajosamente en pie, ayudado por la muchacha.

Mientras ella le ofrecía su brazo para que se apoyase, las miradas de ambos se cruzaron de cerca por primera vez. Y por primera vez los ojos limpios y un poco candorosos de Judith encontraron aquellos otros vacíos donde se veía un abismo donde no había esperanza. Judith sintió que un involuntario estremecimiento recorría su espalda.

—Por el momento debe descansar —indicó con voz insegura—. Quizá se haya roto algún hueso. ¿Siente dolor?

—No, sólo un malestar general.

—De todos modos, descansar hasta la hora de la cena le sentará bien.

Le acompañó hasta una habitación de la planta baja, cerca de la entrada, en la que había una cama de hierro, una mesa, una silla y un pequeño armario de madera clara, todo pulcramente limpio. La habitación recibía luz por una pequeña ventana.

—Gracias —dijo Clark—. ¿No viven más que ustedes tres en esta casa?

Se sentó en un borde del lecho y esperó la respuesta de la joven. Ésta se hallaba detenida en el centro de la habitación, con las manos a la espalda, haciendo resaltar así involuntariamente la perfección de su busto. Su rostro, un poco sonrojado, denotaba confusión.

—Mis primos tenían una sirvienta, pero marchó al venir yo.

—¿Era joven?

La pregunta resultaba impertinente, pero de todos modos Judith

no se atrevió a dejarla sin respuesta.

—Si, lo era.

Clark se mordió los labios. «Celos —se dijo para sí mismo—. Celos de ver que esos dos rufianes andan como locos detrás de Judith. Me he metido en el interior de un volcán…».

Sonrió a la muchacha, como si hubiese estado pensando en cosas completamente distintas.

—Debo agradecerle que haya intervenido a mi favor. De lo contrario, supongo que lo hubiese pasado mal.

—¿Y cómo sabe que he intervenido a su favor? ¡Usted estaba sin conocimiento!

Loman sonrió otra vez, un poco enigmáticamente.

—No tanto como para no darme cuenta de lo que ocurría. Gracias.

Judith, perpleja, dio media vuelta y salió de la habitación, cerrando tras sí. Clark Loman quedó quieto, sentado rígidamente y sintiendo que una verdadera tempestad rugía en su cerebro.

* * *

El *sheriff* Maxwell no había permanecido inactivo desde la marcha de Clark Loman. Su olfato le dijo que algo se escondía tras todo aquello, y para convencerse echó el guante a uno de los pistoleros de Costello.

—¡Tú, te he pillado haciendo trampas en el juego! ¡Acompáñame a la oficina!

—¿Trampas, yo? ¡Pero si apenas sé distinguir las cartas!

—¡Andando! ¡O arreas delante de mí o vas a pasarlo mal!

Maxwell condujo al pistolero a su oficina y, tras encerrarle, se puso a hablar con él como quien no quiere la cosa. Tras media hora de charla aparentemente insustancial, había averiguado que Clark Loman fue a ver a Costello en compañía de Ingrid y que el jefe estuvo hablando con ellos largo rato.

—Y Clark se largó a la mañana siguiente, ¿no?

—Si. Yo mismo le ayudé a elegir un caballo.

—¿Te dijo adónde iba?

—¡Claro que no! ¡Ese tío es de lo más silencioso que me he echado a la cara en mi vida! Pero lo que sí sé es que iba tan sólo a unas cien millas de aquí.

Maxwell quedó silencioso, fumando. A la mañana siguiente, cuando soltó al tramposo, aún no había tomado una determinación.

No le costó mucho trabajo deducir que el único lugar situado a cien millas de allí donde podía encontrarse Judith era Black Valley; allí sus dos primos tenían una casa. Y no dejaba de ser significativo el que Judith estuviera allí con los hijos del ex *sheriff*, y no lo acababa de creer porque todavía no sabía que éste había muerto. Para Maxwell, Lotimer estaba oculto en cualquier lugar de Carson City, preparando alguna trampa para Costello. Y habría escondido a Judith, a fin de que no sufriera daño.

Estaba completamente indeciso, pues, cuando aquella mañana abrió la puerta de su oficina. Por un lado creía que Lotimer pudiera haberse ocultado voluntariamente, y por otro pensaba que un mes sin dar señales de vida era demasiado tiempo. Entre un extremo y otro, sus pensamientos oscilaban como un péndulo loco.

Aquella mañana, sin embargo, sucedió algo que dejó claros y limpios sus pensamientos.

Fue, no obstante, algo tenebroso.

Fuey, el borracho, entró dando tumbos en su oficina y se sentó ante la mesa, despidiendo a más y mejores vaharadas de alcohol. Tartamudeando, dijo:

—*Sheriff*, anoche me dediqué a buscar tesoros.

—¡Voy a tener que meterte en la cárcel, Fuey!

—No, no se ofenda… Todos soñamos cosas raras, ¿sabe? Y yo soñé la otra noche que junto al décimo árbol a mano derecha había enterrado un tesoro. De modo que me dije: «Fuey, éste es un aviso del destino. Bebe algo para animarte y vete allí». Y anoche bebí algunas copas. Muy pocas, ¿eh?, y me fui con una pala hacia el sitio que había soñado. Me puse a trabajar a la luz de las estrellas. ¿Y adivina lo que encontré?

—¿Una botella?

—No. Esto.

Sacó algo levemente brillante del bolsillo de su chaquetón y lo hizo rodar sobre la mesa. Los ojos de Maxwell se dilataron de asombro al reconocerlo. ¡Era una estrella de plata! ¡La estrella del *sheriff* Lotimer!

—¿Dónde la encontraste? —rugió.

—Ya se lo he dicho.

—¿Pero cómo estaba? ¿Había restos humanos?

—Sí. Los del *sheriff* Lotimer.

Maxwell no quiso oír más. Salió de la oficina, tomó un caballo y partió a galope hacia el lugar que el borracho indicara.

La macabra visión que se ofrecía a sus ojos en aquel despoblado paraje no le hizo vacilar. Con la misma pala que el borracho había abandonado allí la noche antes, se dedicó a remover ansiosamente los alrededores por si hallaba restos que correspondieran a Judith. El corazón le dolía mientras realizaba esta siniestra tarea, que duró hasta el amanecer. Como apenas podía mover el brazo izquierdo, empleó horas y horas en explorar unas pocas yardas de tierra.

Al no encontrar nada sospechoso, fuera de los restos del *sheriff*, en su cerebro penetró el pensamiento de que era muy posible que Judith, horrorizada, hubiese huido a casa de los Lotimer. Y entonces encontró una fatídica relación entre la visita del ex *sheriff* al despacho de Costello, su desaparición, la de Judith y la partida de Clark Loman «hacia un punto situado a cien millas de distancia».

Sin pérdida de tiempo, Maxwell montó de nuevo en su caballo, galopó hasta Carson City y dio a su segundo órdenes concretas sobre el traslado de los restos de Lotimer y su sepultura consiguiente. Luego, sin tiempo siquiera para reponer fuerzas, emprendió en otro caballo el galope hacia Black Valley.

Era aquél el momento en que Clark Loman, después de su breve descanso, entraba en el comedor de los Lotimer, dispuesto para la cena.

* * *

—Esto tiene un magnifico aspecto. ¿Es usted quien cocina, Judith?

—No hay otra mujer en la casa —dijo ella, sonriendo con tristeza.

Se sentaron cada uno a un lado de la mesa y empezaron a cenar. Judith estaba a la derecha de Loman y éste, con disimulo, no cesaba de observarla. La muchacha estaba nerviosa, alterada, y comía a viva fuerza. Pero aunque Loman la hubiese mirado descaradamente, ninguno de los hermanos Lotimer se hubiera dado cuenta. Porque no tenían ojos más que para devorar a la chica con ellos y para dirigirse uno al otro miradas recelosas.

Se percató de que los dos estaban enamorados de ella, pero no a la manera de los hombres, sino a la usanza de las bestias. Únicamente la belleza resplandeciente de Judith y su sencillo candor, habían llamado la atención a su instinto de fieras solitarias. Nada más. No les hubiese importado destruirla con tal de conseguir su propósito… Y comprendió también que sólo el hecho de que fueran dos salvaguardaba a la muchacha, pues debían vigilarse continuamente uno al otro, no permitiendo Louis a Allan que estuviera dos minutos a solas con Judith, y viceversa. Esto explicaba en parte el lamentable abandono en que se hallaban los campos anejos a la casa y los ganados que pastaban libremente en ellos, sin el menor cuidado, pues ambos hermanos debían preocuparse tan sólo de aquella astuta y miserable vigilancia.

—¿Ha vivido usted siempre aquí? —preguntó a Judith, para aliviar la tensión.

—No —susurró ella—. Sólo desde hace poco más de un mes.

—Observo que se mueve con cierta dificultad. ¿Estaba herida?

Louis miró a Clark con ojos sanguinolentos.

—Pregunta usted demasiado, forastero.

—¡Oh, lo hacía tan sólo por pura gentileza!

—Pues guárdese las gentilezas para cuando esté en otro sitio.

—Lo tendré en cuenta.

La muchacha le rozó suavemente con el pie por debajo de la mesa. Fue una clara señal para que callase y no prolongara lo que podía acabar en disputa. Pero sentir su roce, captar la complicidad que ello producía entre Judith y él, significó para Loman algo nuevo, inesperado y extrañamente conmovedor. Alzó los ojos hacia el rostro de ella y la vio tan hermosa, tan pura, que un profundo aguijonazo le mordió en el pecho.

—La mira como si fuera usted a comérsela, Loman.

—No hay peligro de eso. No me gustan las mujeres sin experiencia.

Allan tendió la mano y rozó la de Judith.

—A mí sí, ¿verdad, nena?

Ella apartó violentamente su mano, mordiéndose los labios.

—¡Estoy harto de tus remilgos! ¡Vas a oírme o te juro que…!

—¿O qué, guapo?

Louis se había levantado también, agresivamente.

—¡O esto!

Su acción fue de una fulminante rapidez. Extrajo uno de sus revólveres antes de que Louis pudiera evitarlo y aplastó dos veces la culata sobre el cráneo de su hermano. Éste se desplomó sin sentido, mientras Allan, borracho de deseo, tendía los brazos hacia Judith.

Ella gimió, retirándose hacia la pared, y sus ojos miraron a Loman con una irremediable desesperación.

CAPÍTULO VII

Allan arrinconó a Judith contra la pared, de un manotazo, y se dispuso a besarla. La muchacha, con los ojos desorbitados por la repulsión y el terror, no trató, sin embargo, de defenderse, sabiendo que era inútil. Allan era un verdadero coloso, y sus músculos de acero destrozarían en un instante cualquier cosa con que ella intentara oponerse a sus deseos. Sólo aquellos ojos donde se leía el miedo, siguieron mirando obsesionadamente a Loman.

Éste se había puesto en pie, sin intervenir aún. Su misión consistía en matar, no en defender. Pero en cuanto vio que los labios de Allan rozaban una de las mejillas de Judith, sintió que algo le golpeaba en su interior como un puño cerrado.

—Esto es una falta de educación, amigo.

Allan dio un nuevo manotazo a la muchacha, haciéndola caer al suelo. Luego se volvió con la rapidez de un gato.

—¿Qué quieres tú, granuja?

Loman sonrió.

—Puede que la chica me interese a mí también.

—¿Ah, sí?

Se dobló para sacar sus revólveres, mientras aullaba:

—¡Lamentarás haberte fugado de la cárcel!

Quiso disparar y se dio cuenta con asombro de que sus manos oprimían el aire. Loman, haciendo gala de una rapidez que jamás se había visto ni siquiera en aquella turbulenta comarca, había «sacado» antes que él, desarmándole de dos balazos casi simultáneos. Allan Lotimer tuvo que parpadear, creyendo ver visiones.

—Esto es sólo un aviso que quiere ser amistoso. No acabo contigo por respeto a tu padre, que siempre me trató

cariñosamente. ¡Pero si vuelves a tocar a esa mujer, te juro que te barrenaré la cabeza!

Allan dirigió una rápida mirada a los dos revólveres y vio que los dos estaban destrozados. Resultaría inútil, pues, cualquier intento de defenderse.

—Lamentarás haber hecho esto, Loman —amenazó, sin embargo.

—Lo estoy lamentando ya, amigo. No tengo por costumbre disparar contra los que me admiten en su casa. Pero aun sintiéndolo en el alma, si vuelves a tocar a Judith dispararé a matar.

Un brillo delator aparecido en los ojos de Allan, le puso en guardia. Se volvió como una fiera, esquivando por media pulgada el silletazo que Louis dirigía a su cabeza. El otro Lotimer había despertado sin que él se diese cuenta, y ahora se aprestaba a luchar junto con Allan contra el enemigo común. La silla se rompió contra la espalda de Loman, sin hacerle perder el conocimiento, pero causándole un vivísimo dolor. Cayó al suelo, apoyado en ambas manos. Y cuando Louis se disponía a repetir el golpe, ahora con una de sus culatas, Loman saltó felinamente hacia adelante. Asombrado, Louis vio que sólo había rozado una de las piernas de su enemigo.

—¡No escaparás esta vez!

Iba a apretar el gatillo, cuando Allan, un poco más sereno, chilló:

—¡No puedes matarle, Louis!

Fue en ese momento cuando Loman comprendió con certeza que pensaban entregarlo vivo al *sheriff* para cobrar la falsa recompensa de que él les hablara. Y rugió:

—¡Mal negocio para vosotros!

Iba a levantarse, cuando Allan cayó sobre él, golpeándole en la nuca con las dos manos unidas. Judith chilló al ver cómo la frente de Loman chocaba contra el suelo. Pero cuando Allan Lotimer iba a repetir su golpe, Clark Loman, con una agilísima torsión, se puso frente a él, haciéndole, además, perder el equilibrio. Allan cayó a un costado, mientras Louis saltaba. Loman le recibió con ambas piernas y lo proyectó espectacularmente contra la ventana frontera, que saltó hecha añicos. Con la culata levantada, Allan volvió a la carga, pero Loman había sacado de nuevo sus revólveres.

—¡Quieto o…!

No hubo tiempo. El golpe ahogó la voz en su garganta. Lo recibió directamente en frontal, oyéndose un siniestro chasquido. Clark Loman quedó sin conocimiento.

—Buen trabajo, Allan.

Louis, con pequeños rasguños a causa de los cristales rotos, se acercó tambaleándose. Una mirada asesina se leía en sus ojos.

—Déjame que acabe con él.

—¿Estás loco? Podemos ganar un montón de dólares entregándolo al *sheriff* de Carson City. Muerto no nos sirve de nada. En cambio, vivo significa mucho para nosotros. Vamos a amarrarle bien a la silla.

Judith contemplaba todo aquello con expresión de horror, sin atreverse a intervenir y sabiendo, además, la inutilidad de cualquier esfuerzo por su parte.

—Bueno, ayúdame.

Levantaron a Loman y alejaron de dos puntapiés los revólveres que habían caído de sus manos. Semiinconsciente, el joven notó cómo lo ataban a una silla. Cuando destrozaron sus muñecas apretando las cuerdas sobre ellas, despertó.

—Vas a estarte quietecito, nene…

—¿Tengo otro remedio, idiotas?

Louis apretó más, hasta hacerle sangrar.

—Así está bien. Esta noche vas a descansar como un rey.

La sangre goteaba desde la frente de Loman y éste echó la cabeza hacia atrás. Con los ojos entrecerrados miró a Judith, inmóvil en un rincón de la pieza.

—Lo siento, muchacha.

Con los ojos brillándole febrilmente, Allan se dirigió de nuevo hacia ella. Pero Louis le detuvo encañonándole con su revólver.

—Quieto, Allan. Si la tocas seré yo quien te descerraje un tiro.

—La quieres para ti, ¿eh?

—Puede que Judith me corresponda a mí solo. Y en todo caso, este asunto lo dejaremos para más adelante, Allan.

Judith, clavando desesperadamente sus diez uñas en la pared de madera, se puso a temblar mientras las lágrimas resbalaban desde sus ojos. Luego trató de rehacerse y chilló, escupiendo a los dos hombres todo su desprecio:

—¡Ninguno de los dos podrá interesarme nunca porque no sois

más que una pareja de cobardes! ¡Vine aquí después de que Costello estuvo a punto de matarme, porque erais los únicos familiares que me quedaban en el mundo, la única ayuda! ¡Y qué ayuda! —Sus ojos anegados en lágrimas resplandecían ahora de furor—. ¡Ni el hecho de que Costello asesinara a vuestro padre os ha importado lo más mínimo! ¡Al contrario, pensáis emplearme como rehén para poneros en contacto con él y cobrar por vuestro silencio y el mío! En eso consiste todo vuestro amor filial: en hacer un negocio de la muerte del hombre a quien lo debéis todo. ¿Y aún os parece que he de interesarme por cualquiera de los dos, vulgares alimañas? ¡Antes me dejaré arrancar la piel que permitir que la toquen vuestras manos!

Louis, dominado por un ciego furor, avanzó hacia ella y la abofeteó dos veces con todas sus fuerzas. Judith cayó al suelo, gimiendo. Y fue entonces cuando Loman sintió que las cuerdas en sus muñecas le hacían más daño. Sin darse cuenta había tratado de liberarse, de saltar. Notó también que tenía apretados los dientes.

—Vamos a amarrarla a la cama —propuso el mismo Louis—. Es el único modo de que no nos haga ninguna jugarreta esta noche.

La arrastraron entre los dos y la tumbaron sobre el lecho. Luego le ataron las manos a la cabecera valiéndose de dos cinturones. Loman veía todo esto a través de la puerta, que no se habían cuidado de cerrar.

—Me admira vuestra galantería, valientes. ¿Puedo ayudaros en algo?

Los dos Lotimer vinieron hacia él con los ojos inyectados en sangre. Allan le golpeó primero, y Louis siguió. Los dos le estuvieron golpeando hasta que les dolieron las manos y luego, derribada la silla, le propinaron un par de salvajes puntapiés. Clark Loman quedó mudo, transido de dolor y sin poder respirar apenas.

El transcurso de las horas fue calmándole. Los dos Lotimer se habían retirado a dormir, los dos a la misma habitación, sin duda para vigilarse mejor. Dejaron encendido el quinqué de petróleo, con lo que Loman pudo percatarse de su triste situación. Volviendo un poco la cabeza desde el suelo, lograba ver también a Judith, que gemía en silencio sin poder hacer nada por liberarse. Clark tenía ya los brazos dormidos a causa de haber caído de espaldas y descansar sobre ellos todo el peso de su cuerpo y el respaldo de la silla. Hizo

esfuerzos para ladearse y descansar de costado, lográndolo al fin. Allan se levantó con el revólver al escuchar el pequeño ruido que hizo.

—Quieres cambiar de postura, ¿eh? Bueno, yo te ayudaré.

Le propinó un nuevo puntapié en la espalda, haciéndole quedar de bruces en el suelo. Al ver a Loman en aquella postura, se echó a reír.

—Así estarás mejor. ¡Que tengas felices sueños!

Se alejó otra vez y no tardaron en oírse sus ronquidos. Loman quedó unos minutos quieto, respirando intensamente para reunir fuerzas. Deseperadamente trató de pensar cómo podría liberarse, y no se le ocurrió nada. Los nudos estaban sabiamente hechos, y las cuerdas eran de primera calidad. Estaba en mejor postura que antes para intentar algo, pero eso significaba bien poca cosa.

Salió al fin la luna y su hermosa luz plateada atrajo la atención de Clark hacia la ventana. Vio entonces que los cristales de ésta estaban rotos y desperdigados por el suelo. Louis, al chocar contra ella, había hecho un estropicio total.

Cautelosamente y mediante hábiles movimientos de reptación, descansando el peso sobre sus rodillas, fue aproximándose hacia allí. Al llegar junto a los primeros cristales, se volvió otra vez, poniéndose de costado, y cogió uno de ellos, con el que empezó a frotarse las ligaduras. Con infinita paciencia, empleando en ello más de dos horas, logró cortar uno de los nudos. Sus manos quedaron parcialmente libres. Tiró, y aun acabando de desollarse las muñecas, pudo liberarse.

Lo demás fue cuestión de minutos. Apenas sus manos dormidas recobraron el movimiento normal, se dedicó a deshacer los restantes nudos que le sujetaban a la silla. Terminando esto, se puso en pie.

Los revólveres aún estaban en ángulos distintos de la pieza, pues los Lotimer, obsesionados por Judith, no se habían preocupado de recogerlos, así como tampoco de registrarle. Daban por supuesto, además, que no conseguiría liberarse.

Tras enfundar sus armas, avanzó cautelosamente hacia el dormitorio de la muchacha. Ésta, dominada por la fatiga, había cerrado los ojos y estaba adormilada. Loman, con las manos sobre las culatas, pensó que le pagaban seis mil dólares por una cosa tan

sencilla como era apretar el gatillo. Y tiró de sus revólveres.

* * *

Judith respiraba suavemente y tenía los labios entreabiertos. Estaba tan hermosa como una aparición, como la imagen de un sueño. Loman sintió que los músculos de su cuello sufrían una contracción y una sonrisa seca, casi una sonrisa de desesperación, apareció en sus labios.

Puso una mano sobre el cuello de Judith. Ésta sufrió una violenta crispación y sus ojos, abiertos de repente, se dilataron de horror al creer que era uno de los Lotimer el que se había acercado a su lecho.

—¡Chist!

Judith se encogió, temerosa, sin comprender.

—No haga un solo movimiento. Voy a soltarla.

—¡Le oirán!

—Eso depende de usted. Si se está quieta, no hay ningún motivo para que se den cuenta de nada.

Desató a la muchacha con dedos expertos. Una vez ella pudo sentarse sobre el lecho, musitó:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Por lo pronto, salir de aquí.

—Sí, pero ¿cómo? Hay mucha distancia hasta el pueblo. Una hora a caballo.

—Estoy libre y tengo mis revólveres. Véalos. No les será fácil detenerme. Vamos, levántese y enséñeme dónde están las cuadras.

—A la derecha…, a la derecha de la casa.

Loman salió, caminando de puntillas. Tras él, Judith imitaba sus movimientos. Pronto llegaron a la puerta, que chirrió un poco al abrirse.

—Saque dos caballos, sin molestarse en ensillarlos. Yo mantendré a raya a esos dos angelitos si es que se ven turbados en su dulce sueño.

Judith no se hizo repetir la orden y corrió hacia las cuadras. Clark, entretanto, al oír un ruido en la habitación de los Lotimer, amartilló sus armas.

Ni Allan, ni Louis se habían despertado aún. Pero lo hicieron los dos a la vez al oír cómo piafaban los caballos. Dormían vestidos, de

modo que sólo tuvieron que abrocharse con movimientos precipitados sus cinturones-canana.

—Sin embargo, no puede ser nada de particular —dijo Allan—. Quizá una rata molesta a los caballos. Ese tipo no pue…

Abrió la puerta, y en aquel momento un balazo de aviso restalló junto a su cabeza y le hizo arrojarse al suelo.

—¡Cuidado, Louis!

Éste corrió a disparar desde la ventana. Pero Clark, que estaba con un pie en el umbral de la puerta exterior y el otro fuera, pudo hacer fuego contra esa ventana apenas la vio moverse. Varios cristales saltaron a la cara de Louis, que se arrojó al suelo con expresión de estupor.

—Parece que sean más de uno…

—¡Calla, idiota, y trata de salir!

Louis se sobrepuso e hizo fuego desde la ventana frenéticamente. Aunque Loman disparaba también, tenía que hacerlo desde un ángulo tan difícil, que en modo alguno podría alcanzar a su enemigo. Y como Allan disparaba a la vez desde la puerta, tuvo que retirarse y quedar en el exterior a la espera de que Judith llegara.

—¡Pronto, los caballos!

La muchacha llegó con dos sujetos por la brida. Montó en uno de ellos rápidamente, a pesar de su brazo herido, y Loman tuvo que admirarse de su agilidad. El hizo lo propio y emprendieron un rabioso galope.

—¡Hay que perseguirlos! —rugió Allan.

Los dos hermanos salieron a toda prisa y corrieron, a su vez, hacia las cuadras.

—¡Esa maldita se ha llevado los mejores caballos! ¡No podremos perseguirles!

—Tampoco irán lejos. ¡Monta de una vez!

Los dos Lotimer salieron como exhalaciones de la cuadra, hostigando sin compasión a sus monturas. Como había luna, vieron perfectamente a Judith y Loman, que les habían sacado unas doscientas yardas de ventaja.

—No comprendo cómo ha podido librarse.

—¡Yo sí que lo comprendo! —rugió Allan—. ¡Los cristales de la ventana! ¡Hemos sido unos idiotas!

El furioso galope duró unos once o doce minutos sin que entre perseguidores ni perseguidos se cambiara un solo disparo, ya que la distancia era excesiva para tirar con revólver. Loman se dio cuenta de que los caballos que montaban eran muy buenos, pero el hecho de que Judith tuviera que galopar sentada de costado, debido a su falda, le impedía sacar del suyo todo el provecho. Y Loman tenía que acomodar su carrera a la de la muchacha. En estas condiciones, sus enemigos no tardaron en ganar algo de terreno, lo suficiente para ensayar el tiro con revólver.

—¡A los caballos, Louis!

La bala rozó el vientre del animal que montaba Judith. El noble bruto dio un salto hacia adelante y estuvo a punto de arrojar a la muchacha. Luego siguió galopando.

—Se van acercando —advirtió Loman—. Pero no se dan cuenta de que yo tengo armas también.

Se volvió e hizo un disparo con objeto de frenar a sus enemigos. Un disparo tan certero, que arañó uno de los cascos del caballo de Louis, haciéndole dar un traspié. El menor de los Lotimer tuvo que agarrarse al cuello de su montura para no caer, mientras lanzaba una maldición.

—¡Tira bien! ¡No debemos acercarnos tanto!

—¡Calla!

Allan estaba seguro de que tenía todas las ventajas. Disparó tres veces, las tres a matar, y los trágicos silbidos de las balas parecieron resonar dentro del cráneo de Loman.

Éste hizo un nuevo disparo y rozó la oreja de Allan, quien lanzó un aullido. Pero no quiso abandonar la persecución de su presa, porque supo que si Judith escapaba entonces, ya no la vería más.

—¡Te desharé la cabeza, perro!

Como ya no le quedaban más balas en uno de los revólveres, lo arrojó al suelo despreciativamente. Sacó el otro y disparó sobre el caballo de Loman, alcanzando al infeliz animal en una de las ancas. Se desplomó y Loman saltó por encima de sus orejas. Se revolvió entre el polvo, rabiosamente, sin soltar su revólver.

—¡Pagarás esto!

Allan galopaba como un loco hacia él, lanzando alaridos de triunfo. La caída había sido tan espectacular que creyó que Loman estaría sin conocimiento. Enfiló recto su caballo hacia Judith, que

se había detenido sin saber qué hacer, pues por un lado la empujaba hacia adelante el miedo, y por otro no quería dejar sin ayuda al hombre que la había salvado. Lanzó un grito de alegría y entusiasmo al ver brillar los revólveres de Loman. Éstos crepitaron siniestramente dos veces, tirando a matar. Allan Lotimer, que ya creía seguro su triunfo, quedó estribado y colgando grotescamente de la silla. Pero a pesar de que el caballo le arrastró unas yardas antes de detenerse, no pudo ya sentir ningún dolor porque tenía la cabeza atravesada.

Louis frenó su montura, no atreviéndose a seguir. Lo que acababa de suceder a Allan era la mejor demostración de que entre Clark Loman y el diablo había muchos puntos de coincidencia. De modo que resolvió no arriesgar su piel.

—Ya nos veremos otra vez —murmuró con voz sorda—. ¡Te arrepentirás de esto den veces cuando yo me haya aliado con Jim Costello!

Después de rematar al caballo herido para que no sufriese, Clark Loman montó sobre el de Judith, llevando a ésta a la grupa. Así, sin darse prisa, llegaron a la población cuando ya estaba amaneciendo. Sólo había un pequeño hotel, y a él se dirigió Loman.

—Quiero una habitación para esta señorita. Y otra para mí, pero en un piso distinto.

—No quiere que ella pueda pensar mal, ¿eh?

—Guárdese sus comentarios.

El conserje lo hizo, porque la mirada glacial de Loman incitaba a todo menos a contradecirle. Les tendió dos llaves.

—Usted, planta baja. La señorita, al primer piso. Pago por adelantado.

Loman extrajo un billete de quinientos dólares.

—Cobre dos días completos.

Luego, Loman acompañó a la muchacha hasta la puerta de su habitación. Judith temblaba de forma visible.

—No piense que me agrada todo lo que he tenido que hacer —dijo él, en voz baja—. Creo que he matado a su primo Allan.

Ella apretó los labios.

—No le importe. Merecía la muerte.

Pero, apenas dicha esta frase, la muchacha la desmintió al no poder evitar que unas lágrimas resbalaran por sus mejillas. Su

turbación y su dolor se manifestaron vehementemente al tener que apoyarse en el pecho de Loman, como buscando protección. No supo que la buscaba precisamente en el hombre a quien hablan pagado para destruirla.

—Tiene que descansar, Judith. Mañana verá las cosas con más serenidad.

—Es que no me inquieta tan sólo lo sucedido. Me inquieta más lo que va a suceder. ¿Sabe usted ya por qué huí de Carson City?

—Lo dijo en la casa, en voz bien alta. Es un testigo peligroso para Costello, ¿verdad?

—Si, y necesita a toda costa que yo muera. ¡Estoy segura de que enviará alguien para matarme, estoy segura!

Loman sintió que otra vez se contraían los músculos de su cuello. Pero puso cara de jugador de póquer.

Judith, como atenazada por un horrible pensamiento, elevó el rostro hacia él y trató de ver en el fondo de aquellas pupilas de hielo. Sus manos, que aún descansaban en el pecho del hombre, se distanciaron instintivamente. Luego, ante la expresión imperturbable de Loman, cerró los ojos y suspiró:

—¡Qué estúpida soy!

—Adivino lo que ha pensado. Y me parece algo perfectamente lógico.

Judith sonrió tristemente.

—No, usted no puede ser el hombre a quien Costello ha designado para matarme. Pero si lo fuese, haría bien en acabar en seguida. Ningún sitio mejor que éste. Aquí no hay ni siquiera *sheriff*, señor Loman.

Y entrando en la habitación, cerró la puerta poco a poco a su espalda.

CAPÍTULO VIII

Durante todo el día siguiente, la muchacha no salió de sus habitaciones. Sin duda, consternada por los sucesos de que fuera protagonista la noche anterior, no quería hablar con nadie ni ver a nadie. Loman, sin embargo, se levantó temprano y estuvo vigilante por los alrededores del hotel, por si a Louis Lotimer se le ocurría darse una vuelta por allí. No observó nada sospechoso en toda la mañana. Al mediodía almorzó y dijo que subieran lo mismo a Judith a sus habitaciones. No quiso turbar con su presencia a la muchacha.

Pero la única cosa sospechosa del día, acaeció precisamente entonces, cuando él estaba en el comedor y no podía darse cuenta. El *sheriff* Maxwell pasó al galope por delante del hotel en un sudoroso caballo y sin detenerse siquiera un momento, tomó el camino que conducía a la casa de los Lotimer.

Loman oyó el ruido de los cascos del caballo. Se levantó, un poco extrañado, y fue a la ventana. No vio ya más que una nube de polvo dorado que se arremolinaba en la esquina.

—Algún loco —dijo—. Sólo los locos tienen prisa.

Yal decir esto, pensó en el encargo que le hablan hecho con respecto a Judith.

Los ojos entornados, perdida la mirada en el vacío, Loman tuvo que confesarse que aquella mujer le había trastornado y le había hecho sentir emociones que ya creía perdidas en él para siempre. Tuvo que confesarse que sentía por ella algo muy parecido al amor. Un amor rabioso, desesperado casi, porque era imposible.

Y pese a todos estos sentimientos, debía admitir un hecho real: que los tres mil dólares estaban en su bolsillo, como anticipo del precio de seis mil en que Jim Costello había valorado la vida de

Judith Lauren.

Se levantó y volvió a su observatorio en un porche cercano al hotel. Debía reconocer, en efecto, que aquél era un lugar ideal para cumplir la misión que Costello le encomendara. Pero una cosa así debería hacerse de noche, y a poder ser en el campo, fuera del pequeño grupo de casas. Sonrió al pensar en Costello.

Había empezado a anochecer cuando subió a la habitación de la muchacha. Golpeó quedamente con los nudillos en la puerta.

—Puede pasar —dijo la voz de Judith desde dentro—. La puerta no está cerrada.

Loman entró, Judith estaba junto a una ventana, y la débil luz del crepúsculo daba a sus facciones un aspecto irreal, soberanamente bello. Clark Loman sintió que la fuerza faltaba a sus músculos, que un sordo dolor nacía en el fondo de su corazón de hombre.

—Ha estado encerrada durante todo el día —musitó—. Y esta reclusión no le conviene.

—Lo comprendo. Pero he estado encerrada con mis recuerdos. Los recuerdos de una vida destrozada y que parece no tener ya objeto.

Se volvió de espaldas y bajó la persianilla de la ventana. La habitación quedó a oscuras y Loman sintió como algo obsesionante la presencia de la mujer, la llamada poderosa que parecía emanar de las tinieblas.

—Salgamos de aquí —indicó, mordiéndose los labios.

—Bien. ¿Adónde quiere que vayamos?

—A pasear. A pasear por las afueras del pueblo.

Si Judith sentía algún recelo, lo disimuló muy bien. Acompañó a Loman y dejó incluso que él la tomara del brazo.

—¿No le sabe mal que la haya sacado de su habitación?

—¿Por qué? Estoy a su merced. Usted ha pagado mi hospedaje, luego tengo que reconocer que no me ha de molestar lo que me pida.

—Habla usted como una mujer que está cansada de sufrir, Judith. Y para eso es demasiado joven.

—Todos tenemos una edad distinta, según haya sido nuestra vida.

Otra vez Loman se mordió los labios. Sin que lo advirtiera, su

presión sobre el brazo de Judith se hizo más intensa.

—La noche es muy oscura —comentó ésta—. Amenaza tormenta.

En efecto, nubes grises se cernían sobre el horizonte, haciendo más tristes y oscuros los colores del crepúsculo.

—Comprendo que mi pregunta ha de ser algo molesta para usted, Judith, pero ¿vio, en efecto, cómo Costello mataba al *sheriff* Lotimer?

—Con mis propios ojos.

En la voz de la muchacha, a pesar de que había querido delatar firmeza, se acusó un ligero temblor.

—Entonces no me cabe duda de que sus anteriores palabras eran ciertas. El enviará a alguien para matarla. Es un testigo demasiado peligroso, un testigo que podría llevarle a la horca.

—No es caritativo decirlo, pero le enviaría al patíbulo ahora mismo, si pudiera. Hombres como Costello no tienen el humano más que su forma física. En sus actos y en sus sentimientos son sólo alimañas a las que debemos aplastar antes de que nos devoren.

—¿Por qué no se ha presentado antes en Carson City y denunciado a ese hombre? Pudo haberlo hecho, ya que se ha nombrado un nuevo *sheriff*.

—Ya lo sé: Maxwell.

Pronunció el nombre con una entonación especial, que medio sorprendió a Loman.

—Ese Maxwell, ¿significa algo para usted?

—Somos amigos, sencillamente. Puede… puede que él me ame, y comprendo que deberla corresponderle. Pero hacerlo, hoy por hoy, seria forzar mis sentimientos. Es un amigo y nada más.

—Maxwell es un buen muchacho… —susurró Loman—. Le conviene. Le conviene más que otros tipos de los que corren por las ciudades del Oeste, como yo, por ejemplo. Una muchacha como usted debe tener mucho cuidado de los tipos como yo.

Judith le miró y sonrió débilmente.

—No he puesto sobre aviso al *sheriff* Maxwell porque mis primos no me han dejado salir de la casa, señor Loman. No por miedo. Yo no tengo miedo a nada. Ni a usted, señor Loman, a pesar de que sea un pistolero.

Se detuvo frente a él y le miró fijamente. Le miró a los ojos.

Loman se sintió atravesado por la luz que despedían los de Judith y en este momento de soledad, solos los dos bajo la noche, sintió un deseo obsesionante de besar a la muchacha, de hundir sus labios en los labios femeninos y sus manos en los suaves y limpios cabellos de Judith. Este deseo fue por un momento tan intenso, que le causó una especie de dolor. Pero logró dominarse. No era eso precisamente lo que le hablan mandado hacer, sino todo lo contrario. Puso ambas manos sobre las fundas de los revólveres y luego las subió un poco, hasta sujetar las culatas.

—Si, yo no soy más que un pistolero, Judith. Y precisamente he venido aquí con una misión que cumplir.

* * *

El hombre surgió de las sombras como una aparición. Llevaba un «Colt» en la mano derecha.

—¡Quietas las manos, Loman!

El amenazado no obedeció. Volvió tan sólo un poco la cabeza para ver a Maxwell, que avanzaba hacia ellos empuñando firmemente el revólver.

—¿Qué ocurre, *sheriff*? ¿Nos ha estado espiando?

—Me he molestado en ir hasta la casa de los Lotimer, granuja. Y al ver que sólo Louis estaba en ella, lo que he logrado saber tras varias horas de espiar desde un lugar oculto, he vuelto al pueblo. Justo en el momento de veros salir del hotel. Una agradable coincidencia, ¿no?

Judith estaba pálida, confusa. Y Loman sonrió de un modo que parecía cínico.

—El revólver que usted empuña significa que sabe algo, *sheriff*. Algo muy importante. ¿Por qué no se lo dice de una vez a Judith? Me gustará oírlo.

Acercándose un poco más, Maxwell barbotó:

—¡Canalla!

—Muy amable por su parte.

—Le han prometido seis mil dólares —masculló el *sheriff*, fuera de sí—. ¡Seis mil dólares! ¡Y le han pagado ya tres mil por asesinar cobardemente a esta muchacha!

Judith tuvo un estremecimiento y sus ojos desorbitados miraron a Loman. A pesar de que algo sospechaba, a pesar de que no le

había parecido clara ni normal en ningún momento la actitud de aquel hombre, se resistía a creer que en un corazón humano pudiera caber tanta maldad. Lanzó una especie de sollozo, pero no de temor, sino de horrible decepción, mientras se llevaba las manos a la cara para taparse los ojos.

—¡No eres más que un perro despreciable, Clark Loman! —rugió Maxwell—. ¡Cuando disparaste contra los hombres de Costello, creí que había salvación para tu alma, pero me he convencido de que eso es imposible! No eras más que carne de presidio y ahora eres algo peor; eres carne de horca, Loman. ¡Y yo me encargaré de que tengas el destino que te corresponde!

Avanzó un paso más hacia él, mientras guardaba su revólver, y el brazo derecho, que conservaba sano, se movió como una catapulta. El puño salió disparado contra la barbilla de Clark, que se tambaleó. Y antes de que tuviera tiempo para reaccionar, un soberbio gancho lanzado con el mismo brazo le hizo caer pesadamente a tierra.

—¡Levántate, Loman! ¡Quiero demostrarte que con una sola mano soy más hombre que tú!

El pistolero se levantó pesadamente y como medio aturdido aún por los dos golpes. Maxwell preparó su brazo, esquivó fácilmente el golpe ciego con que Loman pretendía herirle, y de otro soberbio gancho volvió a derribar a su enemigo, cuyos labios quedaron destrozados.

—¡Te estoy aguardando, Loman! ¡Levántate otra vez!

—¡Por Dios, Maxwell! ¡Nooo…!

Era la voz de Judith. El *sheriff* notó que todo él se henchía de alegría por ser Judith testigo de su hazaña. Y resolvió entonces hacer aún más cruel la paliza que pensaba inferirle a Loman. Bramó:

—¿Pretendes ayudar al hombre que ha cobrado para asesinarte? ¡Ahora verás!

El mismo levantó a Clark Loman, que parecía ya al borde del K. O., y sin compasión, sosteniéndole con el brazo herido, le propinó con el sano una tanda de golpes alucinantes por su rapidez, haciéndoles más fuertes y crueles cuanto más intensos eran los gritos de Judith pidiéndole que cesase. Al fin dejó caer a su enemigo al suelo, como un guiñapo, y se volvió hacia la muchacha.

—¿Qué te parece?

Judith se acercó a él. Se acercó mucho. Y sus labios pronunciaron entonces la palabra inconcebible:

—¡Cobarde!

—¿Cómo? ¡Pero, Judith…!

—¡Me resisto a creer que seas tan estúpido… o tan cruel, Maxwell! ¿No te has dado cuenta de que no quería defenderse? ¿No has sido capaz de advertir que ni siquiera ha movido los brazos una sola vez?

—Yo, pues…

Se irguió de repente.

—¡Basta de idioteces, Judith! Ese hombre es un canalla y merece mucho más de lo que ha sufrido hasta ahora. ¡Asesinó a su propio padre, cobró para asesinarte a ti y no vacilaría en envenenar a toda una ciudad si ello le reportara un solo dólar de beneficio! ¡Irá a la horca porque es su camino lógico, porque nació destinado a ella!

—¡No!

La voz de Judith era cálida, temblorosa. Vibraba en cada uno de sus matices una nota de angustia, de incontenible y dolorosa emoción.

—Pero… ¿qué dices? ¿Tratarás de oponerte a que este hombre pague como merece?

—¡Basta, Maxwell! —atajó Loman, medio incorporándose—. Usted es el hombre que le conviene, y ya lo ha demostrado bien. Ahora déjela en paz.

—¡Cállate, o te cerraré la boca de una patada!

Judith se aferró a él, clavándole casi las uñas en sus hombros.

—¡Maxwell, ten compasión! ¡Júzgalo como hombre, no como delincuente! El… él…

Se dilataron de asombro los ojos del *sheriff*. Y una especie de luz negra, de infinita tristeza, brilló en el fondo de sus pupilas.

—Judith, pero acaso… acaso… ¿le amas?

—Si…

La afirmación casi pareció un susurro. Apenas pronunciada, ya se la había llevado el viento de la noche. Pero para los tres seres que estaban allí aislados del mundo, en las tinieblas, sonó una campana que, tañera lejos, lejos, y cuyo tañido, sin embargo, llenara la tierra.

—Judith, esto es… ¡Es absurdo, increíble! —estalló—. ¡No sabes lo que dices! ¡Te has vuelto loca!

Sin darse cuenta, le propinó un seco golpe, haciéndola caer. La muchacha quedó llorando, de rodillas bajo la noche.

—¡Sí, no sé lo que me digo, Maxwell! ¡Es como si estuviera loca! ¡Pero lo que siento es verdad! ¡Es una verdad más fuerte cuanto más desesperada! ¡Es verdad!

Y se apretó los puños contra los ojos, tratando de cerrar el paso a las lágrimas, estremeciéndose. Mas las lágrimas siguieron brotando y se deslizaron por entre sus dedos, ardientes, amargas.

—¡No vuelvas a tocarla, Maxwell!

Loman iba a abalanzarse sobre el *sheriff*, cuando éste se lo impidió con un seco movimiento de revólver.

—¡Quietecito, Loman!

En vista de que Clark obedecía, se volvió un poco hacia la mujer.

—Lo siento, Judith. Es mi deber.

Y sin dejar de encañonar a Loman:

—¡Andando!

* * *

Los dos hombres se alejaron de allí, uno tras otro. Como dos sombras se confundieron con la noche, fueron tragados por ella. Ni Loman ni Maxwell volvieron la cabeza. Y Judith quedó sola allí, bajo las estrellas, sin más compañía que su dolor y el abismo de sus sentimientos.

—Tengo mi caballo ahí. Y el tuyo. Lo saqué del hotel antes de seguiros.

—Muy amable, *sheriff*.

—¡Basta de cumplidos, porque no lograrás enternecerme! ¡Monta y cierra el pico!

Loman obedeció. Las fundas vacías estaban pegadas a sus piernas. Maxwell, detrás, no soltaba el «Colt» con el que le apuntaba directamente a la cabeza.

—Vamos a ir a Carson City. Y allí tendremos mucho gusto en charlar con un honorable caballero llamado Jim Costello.

—Te advierto que yo no podré enviarle a la horca, Maxwell. Todo lo que puedo afirmar es que me ha pagado por asesinar a

Judith Lauren, pero como el delito no se ha cometido, y en realidad ni intentado siquiera, porque no me viste sacar los revólveres, la pena para él habrá de ser pequeña. Negará incluso que el dinero me lo haya dado él…, ¡y los jurados que puedas formar en Carson City serán todos muy impresionables!

Maxwell no se dejó convencer. Mientras pasaba un lazo por el cuello de Loman y sostenía la punta con el brazo herido, respondió:

—No quieres más que defender a tu jefe. Porque, en realidad, Costello es tu jefe ahora. Pero he de advertirte que conmigo no valen añagazas ni tretas. Soy de los que creen que por el hilo se saca el ovillo. ¡De modo que te pondré frente a Costello y os haré hablar a los dos! ¡Estoy seguro de que diréis cosas muy interesantes!

Loman sonrió.

—¡Hum! Tal vez…

Emprendieron el camino de regreso a Carson City, dando una vuelta a la pequeña población para no despertar la curiosidad de las gentes a su paso por las calles. Maxwell empuñaba el revólver con mano firme y estaba dispuesto a disparar si su pistolero hacia el menor movimiento sospechoso. Pero Loman parecía abatido y sin fuerzas para nada. Se dejaba llevar tristemente al paso de su caballo.

—No puedo creerlo —murmuró Maxwell, sarcásticamente—. Un individuo joven y atractivo como tú…, porque hay que reconocer que eres ambas cosas…, ¡un individuo joven y atractivo como tú, convertido en esclavo de una alimaña como Jim Costello!

Loman se volvió a medias en su silla.

—Me lleva prisionero, ¿no? ¡Pues ahí queda extinguida su obligación, *sheriff*! ¡Por lo demás, guárdese sus comentarios!

Al volverse, vio que Maxwell sostenía con dificultad el cabo de la cuerda. Y entonces hizo algo digno de un loco. Tiró, dejándose caer del caballo y sintiendo cómo la cuerda le apretaba el cuello, ahogándole. Si en aquel momento Maxwell hubiese sostenido con una mano sana el otro extremo de la soga, es completamente seguro que Loman habría muerto ahorcado sólo al arrojarse del caballo. Porque el nudo corredizo estaba en torno a su cuello y Maxwell lo había apretado bien. Pero en esta ocasión se trató de ver qué resistía más, si el cuello de Clark Loman o el brazo herido de Maxwell.

Resistió más el cuello.

Mientras Loman se lanzaba, Maxwell exhaló un gemido, incapaz de resistir el violento tirón. La herida le dolió como nunca hasta entonces, y tuvo la sensación de que era su brazo entero lo que se partía.

Disparó a ciegas, porque Loman había aprovechado para su intentona un lugar donde la oscuridad era completa. Quiso sujetar el extremo de la cuerda que se le iba, con la mano derecha sana, y eso le perdió. De haber disparado otra vez, quizá hubiera alcanzado a Loman, que rodaba a sus pies. Pero para hacer lo que pretendía, tuvo que soltar su revólver. Y sus dedos no fueron lo bastantes ágiles para retener la cuerda, que se le escapó.

—¡Canalla!

Jadeando, Loman se llevó ambas manos al cuello y aflojó la presión asfixiante de la cuerda. Luego se sacó el lazo por encima de la cabeza, mientras se ponía en pie de un salto.

Maxwell se vino sobre él, lanzándose del caballo. Pero Loman pudo frenar su impulso y mantenerle en pie ante él. Fue solo un instante. Porque en seguida un gancho impresionante envió al *sheriff* sobre el polvo, con los labios partidos.

—Lo siento, Maxwell. Esto es sólo una pequeña parte de lo que tú me diste, pero me considero en paz.

El *sheriff* trató de sacar su otro revólver, moviendo el brazo herido, pero Loman le propinó un seco puntapié a la mano.

—¡Aaaah!

—¡Nada de bromas, Maxwell!

La luz de las estrellas alumbró a los dos hombres, que se miraban como dos fieras prestas a saltar.

—¿Qué piensas hacer conmigo? —rugió el *sheriff*—. ¿Matarme?

—¿Es que tiene miedo a que lo haga?

—¿Miedo yo, asesino? ¿Tiembla, acaso, mi voz?

No, su voz no temblaba. Maxwell era de los que saben mirar la muerte cara a cara, sin vacilaciones, sin dar un paso atrás.

Loman tenía el revólver caído junto a sus pies. Se inclinó rápidamente, recogiéndolo antes de que Maxwell pudiera moverse.

—Quieto.

Maxwell lanzó una especie de ronquido, donde la rabia se mezclaba a un sordo desprecio contra sí mismo por haber caído en

la trampa.

—¡Acabemos! ¡Dispara de una vez!

—No voy a disparar, *sheriff* —la voz de Clark Loman era calmosa —. Tengo cosas más importantes que hacer.

—¿Judith?

Maxwell trató de ponerse en pie, rugiendo, pero el pistolero lo tumbó de un puntapié plano al pecho, sin hacerle demasiado daño.

—¡He dicho que quieto, Maxwell!

Sin dejar de apuntarle, se acercó a él y le volvió de espaldas con el pie. Luego le propinó un tremendo culatazo en la nuca.

Una vez sin sentido el *sheriff*, procedió a atarle de pies y manos con la misma soga, dejándole cerca del camino para que al amanecer pudiese verle el primero que pasara por allí, auxiliándole. Luego espantó su caballo y se quedó con el de Maxwell, que era el mejor, emprendiendo al galope el regreso hacia el pueblo.

La ventana correspondiente a la habitación de Judith, en el hotel, estaba encendida. Con una seca sonrisa en sus labios, Loman subió al primer piso. Y fue la propia muchacha, fue Judith la hermosa, la arrebatadora, quien le abrió la puerta.

—¡Clark!

La extraña sonrisa seguía flotando en los labios del hombre. Cerró la puerta a su espalda.

—He venido a terminar este asunto, Judith —dijo sencillamente.

Y puso su mano derecha sobre la culata del revólver.

CAPÍTULO IX

Jim Costello era feliz. Su felicidad resultaba tan grande, que hasta había olvidado la caja de habanos que tenía encima de la mesa.

—¿De modo que acabaste con ella? ¿De modo que le clavaste una bala entre las cejas?

—Con este mismo revólver —afirmó Loman, colocando un «Colt» negro encima de la mesa—. Y lo más curioso —sonrió— es que pertenece al *sheriff* Maxwell.

Costello lanzó una risotada estentórea, salvaje. Mostró su garganta roja como la de una fiera y sus dos filas de dientes de oro.

—¡Magnífico! ¡Eres genial, Loman! ¡Genial…! Aquí tienes los tres mil dólares que faltaban de tu parte. Y ten la seguridad de que a mi lado harás fortuna. Los golpes como éste menudearán, y todos espléndidamente pagados.

—Esperémoslo —dijo únicamente Loman.

Y recogió el dinero que Costello había depositado encima de la mesa, junto al revólver.

—Yo le he notificado que había matado a Judith Lauren y usted me ha creído sin vacilaciones —añadió—. ¿Por qué? ¿No se le ocurre pensar que un granuja como yo puede haberle engañado?

Costello sonrió.

—No soy tonto, amigo. Antes de que tú vinieras ha llegado aquí Louis Lotimer, proponiéndome que me aliara con él para cazarte, diciéndome que tú habías matado a Allan y te habías llevado a la chica. ¡El muy imbécil no sospechaba que éstas habían sido mis órdenes precisamente! Me dijo también que te vio entrar en el hotel donde hospedaste a Judith y que oyó dos disparos de revólver. Luego te vio saltar desde la ventana del primer piso… ¡a ti solo! Tenía miedo y no se atrevió a intervenir. Naturalmente, le he

echado de aquí, y hoy mismo haré que uno de mis hombres «lo arregle» para que no se vaya demasiado de la lengua. Por otro lado, está Maxwell.

Ha llegado aquí hecho una fiera y sé que está preparando una orden de detención contra ti porque tú mismo le dijiste que ibas a matar a Judith. Son dos testimonios independientes entre sí y que aseveran la verdad de tus palabras. De otro modo, no te hubiese creído.

Loman enarcó las cejas. Por supuesto, Costello no era tonto.

—¿Cuáles fueron sus últimas palabras? —preguntó Ingrid, que estaba sentada al lado de Clark—. Me refiero a las últimas palabras de Judith. ¿Qué dijo?

—Las mujeres os odiáis unas a las otras —murmuró sordamente Loman— desde el instante en que nacéis.

—De todos modos, yo también tengo curiosidad por saber lo que dijo esa estúpida —rió Costello— al verte entrar en su habitación. Se pondría blanca, ¿no?

Loman cerró los ojos.

—Dijo que no creía que hubiera hombres tan malos sobre la tierra. Sólo eso.

Hubo un silencio. Como si las últimas palabras de la muerta pesasen sobre ellos, los tres seres que se habían reunido en el despacho de Costello bajaron los ojos y se hundieron por unos instantes en sus propios pensamientos.

—De todos modos, la cosa no está resuelta aun totalmente —advirtió Loman, después del paréntesis—. Maxwell parece decidido a formarle proceso por la muerte del *sheriff* Lotimer.

—Ingrid lo impedirá —musitó Costello, señalando a la mujer— por medios legales. Y si hace falta emplear otros medios que no lo sean tanto…, acabaré también con Maxwell.

—Mi opinión es completamente contraria —indicó Loman.

—No comprendo. ¿Por qué?

—Me explicaré. Maxwell está ahora cegado por la furia y arde en deseos de llevar a alguien a la horca, pero eso mismo le impide ver con serenidad las ridículas pruebas con que cuenta. Formará un proceso y… ¿qué? ¿Cuáles serán sus testigos? Judith, la única que podría ser decisiva, está ya muerta. Louis Lotimer estaba lejos cuando su padre murió y, por tanto, no puede afirmar ni negar nada

como testigo. No hay absolutamente ninguna prueba contra usted, Costello. Y creo, por consiguiente, que éste es el mejor momento para reafirmar su inocencia ante la opinión pública, con vistas incluso a las próximas elecciones. Si evita el proceso todo el mundo recelará, y habrá en Carson City comentarios para todos los gustos, muchos de ellos nada favorables… En cambio, si no sólo no lo evita, sino que lo acepta, si da facilidades para que se haga una información pública sobre el asunto, Maxwell quedará en ridículo. Se dará cuenta demasiado tarde de que no tiene un solo testigo. E Ingrid podrá fácilmente hundirle demostrando lo estúpido de sus acusaciones y lo inconsistente de las bases en que se asientan. Su prestigio crecerá, Costello. Le creo un hombre que sabe ver dónde están las ocasiones, y ésta es una de ellas. ¡De la noche a la mañana puede convertirse en el hombre más popular y admirado de Carson City! ¡Después de esto, nadie volverá a creer que usted sea culpable de nada, pese a las apariencias! ¡No deje pasar este momento!

Los ojos de Jim Costello brillaban cuando Loman terminó de hablar. Se daba cuenta de que el joven tenía razón, mucha razón. Pero aún quiso consultar el parecer de Ingrid, antes de decidirse.

—¿Qué opinas tú?

—Que la idea de Loman es lo más inteligente que se ha escuchado en esta habitación. Propongo que accedas.

Costello golpeó, entusiasmado, la mesa.

—¡Hecho, Loman! ¡Yo mismo daré facilidades a Maxwell!

—E incluso, para no herir susceptibilidades, no sobornes a los miembros del jurado —añadió Ingrid—. Esto se sabrá en Carson City tarde o temprano. Por una vez, que sea todo legal y limpio. Y que el jurado dé imparcialmente su veredicto, que en este caso sólo puede ser de inocencia.

—Creo que eso es hablar bien —opinó Loman.

—De acuerdo, pues. Tú, Ingrid, irás a ver a Maxwell y le darás discretamente facilidades para el proceso. Eso le distraerá también y no se preocupará tanto de detener a nuestro amigo Loman.

—Conmigo tiene una cuestión personal —declaró Clark—. No se olvidaría de ella ni aunque brotara una montaña de oro en medio de Carson City. Pero no se preocupen por mí, porque sé defenderme solo.

—Eso está demostrado. No se acaba contigo fácilmente. Y ahora

a lo que importa.

Dio unas breves instrucciones a Ingrid y otras a Loman para que fuese prudente. Todo resuelto ya, se retrepó en su sillón para fumar un habano y examinar mentalmente el risueño porvenir que le aguardaba.

Ingrid y Loman iban a salir juntos cuando entró Neck, uno de los pistoleros de Costello.

—Jefe —dijo nada más entrar—, lo de Louis Lotimer está ya listo. Le he cazado en el *Memphis Saloon* y he acabado con él de modo que pareciera defensa propia. No volverá a molestar más.

Costello se puso en pie de un salto.

—¡Magnifico!

—Veo que en la ciudad se trabaja de prisa —comentó Loman, sonriendo de una forma extraña.

—Si, muy de prisa. ¡Y la consecuencia es que ahora ya no tengo enemigos serios en Carson City!

—No olvide a Maxwell.

—¿Maxwell? ¡Puaf! —Y Costello escupió sonoramente sobre las tablas enceradas del suelo. A continuación fue a estrechar la mano de Loman—. Quiero manifestarte mi gratitud, amigo.

—Ya me la ha manifestado pagándome seis mil dólares —replicó Clark, envolviéndole en su mirada glacial, lejana—. No necesita hacer más, Costello.

Y cerró la puerta a su espalda. El magnate quedó por un momento perplejo, sin saber qué hacer. Luego recordó que los que han nacido para pistoleros, como Loman, suelen ser taciturnos, y se introdujo las manos en los bolsillos, satisfecho.

«Gran tipo —dijo para sí mismo—. Gran tipo…».

* * *

—Aún no he acabado de comprenderte bien, Clark —manifestó Ingrid, en cuanto estuvieron fuera de la casa—. ¿Es que jamás has tenido sentimientos?

—Los olvidé en la cárcel.

—Lo comprendo, pero… a pesar de todo, no veo claro en ti, Loman. En fin, eso no importa mucho ahora —sonrió—. ¿Quieres acompañarme hasta la ciudad en mi coche?

—Con mucho gusto, Ingrid.

Subieron, y Clark hizo trotar suavemente a los caballos. Cuando habían tomado el camino principal hacia la ciudad, él preguntó:

—¿Te sientes feliz trabajando con Costello, Ingrid?

—No.

La voz de ella había sido rotunda, serena.

—¿Entonces…?

—No sabría explicártelo. Tal vez mi niñez desgraciada me hizo olvidar las nociones del bien y del mal. Tal vez se debe a que Costello me deja plena libertad para mi trabajo de abogado o a que gano mucho dinero con él. No lo sé. Pero lo cierto es que no soy feliz, que a veces me llevo ambas manos a la cabeza y pienso en todo esto y… —sonrió tristemente—. En fin, ya es tarde para volver atrás, Loman. Por eso estoy satisfecha de haber encontrado un hombre como tú, cuya vida es gemela a la mía. Por eso a veces siento que… que… no podría vivir lejos de ti, Clark.

Y sus ojos fueron a encontrar los del hombre, tan distantes, tan glaciales como un iceberg que se ve a lo lejos. El la miró también, e Ingrid hubiera jurado que en los ojos del hombre latía una chispa de compasión. Pero en aquel momento oyeron un trote de caballo y una voz que ordenaba secamente:

—¡Date preso, Loman!

El joven miró frente a sí y vio, encañonándole, a Maxwell.

—Felices y prósperos días, *sheriff*. ¿Qué le trae por aquí?

—¿Aún lo preguntas, canalla? ¡Si no llevase una estrella en el pecho, te barrenaría ahora mismo la cabeza!

—Maxwell —dijo él, con voz persuasiva—, ¿no comprende que está solo en la ciudad, sin nadie que le ayude?

—Ya lo sé —contestó Maxwell, mientras un brillo febril nacía en sus ojos—, pero no me importa. Ahora sólo quiero morir matando. Entrégate, Loman, o te salto los sesos.

—Tenga calma, *sheriff* —exhortó Ingrid—. Contra Loman sólo tiene usted meros indicios, que si bien son suficientes para procesarle, no impedirán, sin embargo, que el juez pueda decretar su libertad bajo fianza. Lo mismo ocurre con Costello, a quien sé que quiere usted procesar. De modo que ahora mismo nos dirigíamos al juzgado. ¿Le han extendido a usted la orden de detención?

—Sí, y ahora iba a cumplimentarla.

—¿Solo? —sonrió Loman.

—Por favor, Clark, no le irrites —intercedió Ingrid, al ver que a Maxwell se le iban las manos hacia los revólveres—. Mire, *sheriff*, nosotros vamos al juzgado a ponernos voluntariamente a su disposición. Como es natural, depositaré fianza por Loman y por Jim Costello, fianza que estoy segura me será admitida. Aparte de eso, usted podrá acusarlos de lo que quiera y abrir el proceso. No me opondré.

Maxwell no esperaba tantas facilidades. Dio un respingo.

—De acuerdo. Si el juez les concede libertad bajo fianza, eso ya no es cuestión mía. Pero el proceso seguirá su curso. ¡Y su acto final será la horca para ti y para Costello! ¡Ahora entrégame tu revólver!

Clark pareció ir a iniciar un gesto de resistencia.

—Hazlo —aconsejó Ingrid—. No compliquemos las cosas.

—Está bien.

Sujetó su arma por el cañón y la tendió al *sheriff*.

—¡No volverás a empuñarla nunca más, maldito Loman!

—Debe guardarse sus comentarios, *sheriff* —dijo Ingrid—. ¿Nos acompaña?

—No. Sé que no intentarás huir porque eso sería tanto como reconocerte culpable… Pero en cuanto a Costello, prefiero verle yo mismo. ¡Prefiero decirle ahora que le voy a procesar y que dentro de una semana colgará de una horca!

Se alejó al galope de su caballo, sin volver la cabeza. Ingrid y Loman miraron cómo se alejaba.

—No tiene inteligencia —observó el segundo, en voz baja—. Todo en él es corazón, y eso le pierde. ¡Pobre muchacho! A veces lamento que en Carson City no tenga quien le ayude.

—En la vida nunca triunfa el bien —sentenció, sombríamente, Ingrid—. Tal vez sea esa creencia lo que me ha convertido en la mujer que soy. Maxwell incoará un proceso y… ¿para qué? ¡Para demostrar que sólo triunfan los malvados y los astutos!

Capítulo X

Tan sólo tres días después, el proceso contra Jim Costello y su banda, y en particular contra Clark Loman, había comenzado. En la historia de la turbulenta capital de Nevada, no se recordaba que un caso judicial hubiese despertado expectación semejante. La sala de sesiones del juzgado estaba abarrotada, y en el exterior más de un centenar de personas esperaba recibir noticias del desarrollo del juicio por mediación de los dos agentes que montaban guardia junto a la puerta.

Como no habían logrado reunirse pruebas escritas, sino tan sólo dos listas de testigos, la preparación de la vista pudo ser resuelta con extraordinaria rapidez. El juez dio, además, al caso preferencia absoluta para acallar de una vez los encontrados comentarios que se hacían en todos los rincones de la ciudad.

El fiscal, secundado por Maxwell, se encargó de la acusación. Ingrid, de la defensa de los procesados. Inmediatamente se vio que el fiscal no quería comprometerse demasiado y que eso haría más fácil aún el triunfo final de Costello.

Maxwell sólo pudo presentar unos cuantos testigos acreditando que el difunto *sheriff* Lotimer había ido a visitar a Costello la noche de su muerte. Ingrid admitió el hecho, pero dejó bien recalcado que eso no significaba nada, y se vio que sus palabras serenas y firmes hacían profunda mella en el ánimo de los miembros del jurado, miembros que esta vez no habían sido sobornados por ninguna de las partes, estando dispuestos a dar su veredicto de toda justicia.

En cuanto a Clark Loman, se pudo demostrar menos aún. Muertos los Lotimer, quedaba solo el testimonio del dueño del hotel en el que se oyeron los disparos causantes de la muerte de Judith Lauren. Pero éste, a última hora y a pesar de estar citado en regla,

ni siquiera se atrevió a acudir. La cosa quedaba planteada como un rotundo y espantoso fracaso para el *sheriff* Maxwell.

—La acusación no ha demostrado nada —subrayó Ingrid, señalando al *sheriff* y al fiscal, que se encogía tímidamente—. Mejor, ha demostrado una cosa, y es la inconsciencia con que en esta ciudad obran los poderes públicos. Ha bastado el capricho de un hombre que lleva sobre el chaleco una simple estrella para que uno de los ciudadanos más ilustres de este estado de Nevada, Jim Costello, se vea procesado sin pruebas, sin acusaciones concretas o demostrables contra él, sin nada. Ha bastado que un hombre que ya sufrió cárcel injustamente se ofreciera a trabajar para Costello, para que ese mismo individuo de la estrella sobre el chaleco le acusara nada menos que del asesinato de una pobre muchacha cuyo cadáver ni siquiera ha sido encontrado aún. Yo invito al *sheriff* Maxwell —concluyó sonriendo— a que acuse a mis defendidos de la muerte del presidente Lincoln. ¡Le será más fácil hallar pruebas de eso que de las ridículas acusaciones que ahora lanza!

En la sala resonó una carcajada unánime y estentórea, una carcajada que llegó hasta la calle. Maxwell se puso rojo de ira.

—Yo ya no veía pruebas claras para sostener la acusación —dijo el fiscal, hundiendo definitivamente al *sheriff*—. Pero como había algún indicio y Maxwell insistió tanto en la formación del proceso…

—¡Cobarde! —rugió el *sheriff*, levantándose—. ¿Qué ley puede haber en Carson City cuando hasta el fiscal no se atreve a acusar a los que la vulneran? ¡Hay pruebas, si! ¡Las hay…! ¡Y si no, yo invito a ese bandido llamado Clark Loman a que me diga dónde está Judith Lauren! ¡Él fue el último que la vio!

—Puede haberse fugado con otro —sugirió Loman burlonamente, poniéndose en pie—. ¿O es que cree que estaba tan perdidamente enamorada de usted?, ¡*sheriff*!

Otra carcajada atronó la sala. Maxwell se hizo sangre en los labios, tanta fue su desesperación. Y hubiese saltado sobre Loman de no haberlo impedido el mismo fiscal.

—Me doy cuenta ahora de que no tenía pruebas… —dijo en voz baja y sorda, con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás—. Era tanto mi deseo de ver procesados a esos granujas que no reflexioné. Han jugado conmigo, han…

—Creo que lo que hemos visto en la sala a lo largo de este

proceso es suficiente para que los miembros del jurado tengan formada una opinión sobre todos los particulares de este asunto. Por lo tanto, pueden retirarse a deliberar. Pero antes quiero hacer una última pregunta a las partes acusadora y acusada. ¿Se dan por conformes con lo alegado hasta este momento? ¿Tienen alguna nueva declaración que hacer o algún nuevo testigo que presentar?

Hubo en la sala un intenso silencio. Maxwell hundió la cabeza entre sus manos y no quiso mirar a los jurados, cuya decisión estaba ya tomada. Costello introdujo los pulgares en los bolsillos de su chaleco con aire satisfecho, y sonrió. Nadie decía nada. Un minuto más y el jurado se retiraría a deliberar, llevando ya bien decidido un veredicto de inocencia.

El juez levantó su martillo, a punto ya de dar por terminado el tiempo para proponer cuestiones. Y en ese momento, un hombre, el que todo el mundo menos esperaba, se puso en pie.

Era Clark Loman.

—Yo deseo plantear al jurado una nueva cuestión antes de que se retire a deliberar —declaró.

Hubo en la sala un murmullo.

—No seas loco, Loman —susurró Costello, cerca de él—. Ya está bien demostrado lo que queríamos demostrar. Maxwell ha quedado en ridículo y todo el mundo cree ahora en nuestra honradez. ¡No compliques las cosas ahora!

Loman le miró. Le miró fijamente. Y por primera vez, Costello se dio cuenta de que aquellos ojos grises, donde latía el vacío, significaban algo terrible para él. Por primera vez se dio cuenta de que le había estado mirando la propia muerte.

—¡Loman! —rugió—. ¡Si dices una palabra más, haré que te maten!

—Deseo presentar un testigo que no ha sido citado —siguió diciendo calmosamente Loman, desoyendo la amenaza—. ¿Quiere abrir esa pequeña puerta que da a la biblioteca, alguacil? El testigo de que hablo ha estado aguardando ahí durante toda la noche.

Otro murmullo se produjo en la sala, pero éste de nerviosismo, de expectación incontenible. El alguacil abrió la puerta y en el umbral apareció… ¡Judith Lauren!

* * *

—¡Imposible! —bramó Costello, tratando de abalanzarse hacia el estrado. Los ojos se le salían de las órbitas—. ¡No puede ser! ¡Mentira!

—Si se mueve le atravieso la cabeza —tronó la voz de Maxwell, en medio del rumor de la muchedumbre—. ¡Le estoy apuntando con mi revólver, Costello! ¡Y usted, Loman, diga de una vez qué broma es ésta!

Temblaba su barbilla y la sorpresa apenas le permitía tenerse en pie. En cambio, Loman estaba perfectamente sereno y tranquilo.

—No es una broma, *sheriff*. Es simplemente una artimaña de las que con tanta frecuencia emplean los abogados. Y, en esta ocasión, favorece a la justicia.

—¡Pero usted no es abogado! —vociferó Maxwell, sin dar crédito a lo que oía.

—Soy abogado, *sheriff*. Acababa de terminar mis estudios cuando fue asesinado mi padre. Y otra cosa que todos ignoran: acababa de ser nombrado agente secreto y especial para sanear la ciudad, con amplios poderes de vigilancia, incluso sobre el mismo *sheriff*.

Su voz era tan serena e indiferente, como si recitase los versos de *La Iliada*, pero el efecto que produjeron sus palabras fue abrumador. Costello lanzó un rugido, mientras se arrancaba sin darse cuenta la botonadura de perlas de su camisa. Maxwell quedó pálido e Ingrid sonrió con admiración, aun dándose cuenta del inmenso alcance que todo aquello tenía.

—¡Pero luego fue a la cárcel! —tronó Maxwell.

—Sí, fui a la cárcel y estuve cuatro años en ella. Como es lógico, fui desposeído de mi nombramiento, que no se otorgó a nadie tal vez por no encontrar el gobernador del estado persona de suficiente confianza. A nadie revelé mi profesión ni el nombramiento con que tiempo atrás se me había honrado, quizá porque no tenía ya familiares ni amigos en el mundo con quienes hablar. Pero luego se probó mi inocencia. Y como mi estancia en la cárcel me había hecho conocer perfectamente a toda el hampa de Nevada, solicité ser repuesto en el cargo. El gobernador accedió por medio de correspondencia que me fue enviada secretamente. No podía negarse, después de tenerme cuatro años en la cárcel injustamente. Pero con el deseo de probarme, me dio dos meses para limpiar de

carroña esta ciudad, y como anticipo de mis honorarios me envió… un dólar.

Extrajo de uno de sus bolsillos una moneda y la arrojó al suelo, ante los ojos desorbitados de Costello.

—De modo que… De modo que… —tartamudeó Maxwell—. Es usted mi… mi superior…

—Lo he sido durante todo este tiempo, Maxwell. Tiempo que me ha servido para comprobar que es usted el *sheriff* más noble y valiente que ha tenido Carson City.

Maxwell se estremeció. Y fue tanta su emoción en aquel momento, que unas extrañas lágrimas estuvieron a punto de saltar de sus ojos.

—¡Eso no es cierto! —barbotó Costello—. ¡Que enseñe su credencial!

Loman la depositó sobre la mesa del juez, que la examinó atentamente y en medio de un sepulcral silencio.

—Está conforme —sentenció.

En la sala hubo un aullido general de sorpresa, de indescriptible entusiasmo.

—Señor juez, usando de las atribuciones que me han sido conferidas, pido que declare la testigo.

Judith tenía las mejillas arreboladas. Y estaba quieta en el centro de la sala, más hermosa, más cautivadora que nunca.

—Que la testigo preste juramente en forma y diga cuanto sepa —ordenó el juez.

Costello iba a intervenir, pero hasta el respirar le costaba trabajo. Jadeando como un animal herido, asistió a las breves explicaciones con que Judith dio cuenta al jurado de cómo él había matado al *sheriff* Lotimer e intentando asesinarla también a ella. Explicaciones que significaban nada menos que una cosa: la destrucción de su imperio sobre la ciudad y un viaje hacia la horca.

—Debo añadir —dijo Loman, al terminar Judith de hablar— que recibí seis mil dólares del acusado para asesinar a la testigo. Tres mil como anticipo y tres mil una vez dije que el crimen se había efectuado. Aquí está todo. —Arrojó al suelo un fajo donde había seis billetes de mil—. Confieso que tuve que emplear algunos de esos dólares para mis gastos más necesarios, pero los he recuperado mediante un préstamo. Son suyos, Costello.

Nadie se movió. Los billetes quedaron en el suelo, ante los ojos del magnate, que los miraba hipnotizado como si contemplase su propia muerte.

—Retírese el jurado a deliberar —ordenó el juez— si ninguno de sus miembros desea preguntar algo a la testigo.

Los jurados cambiaron una rápida mirada entre sí y el presidente se levantó sin dilación, dirigiéndose al juez.

—No necesitamos deliberar —manifestó—. Nuestro veredicto es ya unánime. El acusado queda declarado… ¡culpable!

Un estruendo de voces, de gritos, se escuchó en la sala. Y dominándolo todo, las claras e inflexibles palabras de Loman:

—Sé que tú también asesinaste a mi padre, Costello. No soy tan tonto como para no saber hacia dónde iban dirigidos tus tiros en cada ocasión. Además, tus hombres son locuaces y parlanchines, y yo sé sonsacar bien lo que me interesa. Tragué mi odio, Costello, porque quería que todo fuese legal. Ansiaba ser un simple pistolero y destrozarte la cabeza, pero mi credencial me obligaba a actuar legalmente. Y con tus propias armas te he destruido, Costello. Me bastó disparar dos veces en aquel hotel, tras explicarlo todo a Judith, hacer saltar a ésta por una ventana mientras yo saltaba por otra, ocultarla durante estos breves días y luego incitarte a que dieras facilidades para el proceso. ¡Eres tú mismo quien ha cavado tu tumba, Costello!

El magnate, ciego de ira, movió su mano derecha rápidamente y la dirigió hacia la funda sobaquera colocada bajo su levita. Un pequeño revólver de plata rebrilló en sus dedos.

—¡No seguirás hablando, Loman!

Su gesto había sido tan rápido, que sorprendió a todos. Loman mismo, con un acusado más, no llevaba armas visibles. Apretando los dientes, Costello disparó. Y hubiese alcanzado mortalmente al joven, de no haberse interpuesto en la línea de tiro quien menos podía esperar: ¡Ingrid!

La muchacha, alcanzada en el pecho, rodó sobre el estrado. Costello gritaba, entretanto:

—¡Disparad! ¡Disparad todos a la vez!

La orden iba dirigida a los miembros de su aún poderosa banda que no hablan podido ser acusados de hechos concretos y aguardaban mezclados con el público el resultado del juicio. Cinco

hombres en total. Los cinco empuñaron sus revólveres y dispararon casi a la vez hacia el frente, ocasionando un horrísono tumulto y facilitando el que Costello pudiera saltar por una de las ventanas.

—¡Cuidado! ¡Huye!

Maxwell disparó dos veces, pero sin éxito. A duras penas pudo resguardarse de las balas que los forajidos dirigían hacia él. El juez y tres miembros del jurado fueron heridos. El tumulto en la sala se hizo apoteósico, mezclándose a los gritos el ruido de las detonaciones, mientras Loman se inclinaba sobre Ingrid.

—Es inútil, Clark… Me ha dado bien… Deja que te estreche la mano… como compañera… Como mujer no te merezco, pero eres… mejor abogado que yo…, mejor que yo…

Trató de aspirar aire angustiosamente, crispó sus dedos en un supremo momento de dolor y quedó exánime en brazos de Loman, con los ojos abiertos. Éste se los cerró lentamente, poniendo en el acto un exquisito cuidado y un incontenible dolor.

Judith corrió junto a él.

—Yo me quedaré con ella, Clark. ¡Pero tú tienes que perseguir a Costello! ¡Ha huido!

Volvió a nacer una frialdad asesina en los ojos de Loman.

—¡Ese maldito!

Saltó también por la ventana, como un bólido. Aristas de cristal le arañaron la cara, las manos, pero él no lo notó. En la calle, Maxwell había acabado con uno de los pistoleros de Costello, que yacía a sus pies, y se defendía a tiros de otros dos, parapetados ya en el porche frontero. Loman llegó junto a él.

—Déjame un revólver…, amigo.

Maxwell se lo tendió, mientras una limpia sonrisa de admiración y amistad aleteaba en sus labios.

—Tómelo, señor.

—Como vuelvas a tratarme con cumplidos, te arrancaré la estrella.

Hizo fuego, y uno de los pistoleros cayó. El otro trató de huir, y el mismo Loman lo cazó de un balazo mortal en la nuca.

—¡Hay que buscar a Costello!

Pero éste había tomado sus precauciones. Junto con sus dos últimos pistoleros, corría ya en dirección a la salida del pueblo, buscando con ojos ansiosos algún caballo en que huir. Maxwell los

señaló.

—¡Vamos allá!

—No, *sheriff*, gracias. Ese hombre es mío.

Pidió a Maxwell algunas balas y las introdujo en los cilindros mientras echaba a correr hacia el final de la calle. Una multitud vociferante, excitada, seguía sus pasos. De improviso, Loman gritó:

—¡Costello, detente!

La voz sonó tan cerca, que el magnate comprendió que no tenía huida si no eliminaba antes a aquel perseguidor. Se volvió, al tiempo que sus dos hombres lo hacían también. Los tres se enfrentaron a su único perseguidor, a un hombre sólo que trataba de acabar con ello en nombre de la ley.

—Eres muy valiente, Loman.

—Quiero darte la oportunidad de morir como un hombre, Costello, antes de que me obligues a matarte como a un perro.

Su voz resonó clara y tranquila en la calle. Todos cuantos seguían a Loman se separaron en dos grupos, dejando en el centro un amplio espacio por donde pudieran circular las balas. Y sobre la población entera pareció hacerse un silencio aplastante, cruel, un silencio que obsesionaba.

—¡Defiéndete, Costello!

Los cuatro hombres llevaban sus armas ya en las manos. Uno de los pistoleros disparó en primer lugar, mientras Loman se arrojaba a tierra. La bala pasó silbando junto a su cabeza, y en ese instante el agente especial hizo fuego a su vez. El pistolero cayó, alcanzado en el cuello, mientras en la calle la multitud rugía de angustia y a la vez de entusiasmo.

Loman disparó ahora contra el otro pistolero, alcanzándole de lleno. Pero Costello había tirado a su vez, y Loman se estremeció, alcanzado. De su camisa brotó un surtidor de sangre.

—¡Ya eres mío! —rugió Costello—. ¡Muere…!

Chilló al sentir como una caricia en el hombro derecho. Y quiso elevar la mano, pero no pudo. ¿Qué era aquello? ¿Le faltaban las fuerzas? ¿Estaba soñando? Una luz anaranjada brotó ante sus ojos, y sintió como si le desgarrasen la boca. La multitud rugió, exasperada, al ver cómo sus rodillas cedían y cómo era despedazada por la bala la parte inferior de su cabeza. Y mientras, Loman, apoyado en el suelo, seguía disparando.

—Ésta por mi padre… Y ésta… Y ésta…

Hasta que en las recámaras del revólver que le prestara Maxwell no quedó ya ninguna bala.

Epílogo

Fue Judith la primera en llegar junto a él, anegados los ojos en llanto. El *sheriff* vino corriendo a continuación.

—Buen… muchacho —murmuró Loman, sonriéndole débilmente —. Te… conviene, Judith.

La muchacha se abrazó a él, frenéticamente, llorando.

—¡Basta de sacrificios, Clark! ¡Yo te quiero a ti, a ti solo y tú me quieres! ¡Te salvarás y se unirán nuestras vidas! ¡Tienes que salvarte porque te quiero! ¡Te quiero!

Ella misma ayudó a varios hombres a levantar a Loman del suelo. Vieron todos que la herida era grave, pero no mortal. Loman miró al *sheriff*, éste le sonrió, asintiendo con la cabeza, y entonces el agente especial tomó la mano de la muchacha y se la llevó a los labios, mientras ella sonreía en el colmo de la dicha.

En su otra mano apretaba una moneda de un dólar.

La comitiva se alejó rápidamente calle abajo, hacia la casa del médico más cercano. Loman iba sonriendo, sin sentir apenas el balanceo ni el dolor de la herida, que ya sangraba menos. Y Judith sonreía también.

Maxwell quedó en el centro de la calle, un poco perplejo aún por la rapidez con que todo había sucedido, frotándose la nuca.

—¿Sabes? —dijo a su lugarteniente, que se había acercado a él para recibir órdenes—. Creo que en mi vida he sido tan feliz como hoy. Loman es un tipo que vale cien veces más que yo. Será de los que formarán historia en el Oeste. Y yo me honraré explicando a mis nietos que he sido su discípulo. Bueno, vamos a retirar todos esos cadáveres y a adecentar la ciudad. No quiero que esto tenga tan mal aspecto cuando yo sea padrino de boda.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.
Impreso en España
Printed in Spain